

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

LOS LIBERTADORES DEL ESPACIO

j. chandley

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

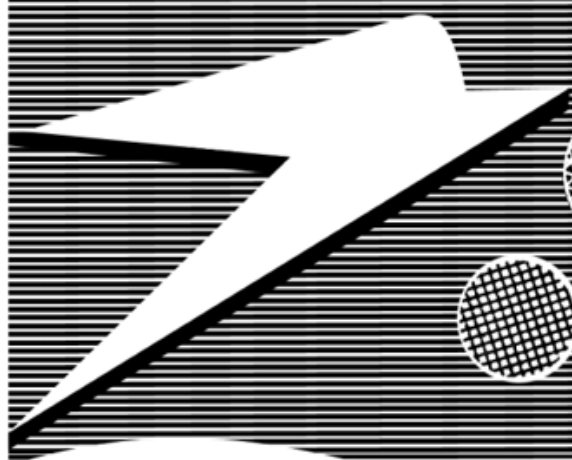
LOS LIBERTADORES DEL ESPACIO

j. chandley

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

- 239 — Enviado de los dioses. — *Curtis Garland.*
- 240 — Las muñecas robiónicas. — *Ralph Barby.*
- 241 — Materia vital. — *Clark Carrados.*
- 242 — Muñecas mecánicas. — *Curtis Garland.*
- 243 — Cementerio espacial. — *Marcus Sidereo.*

J. CHANDLEY

**LOS
LIBERTADORES
DEL ESPACIO**

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
244**

Publicación semanal

Aparece los **VIERNES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.330 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: abril, 1975

© **J. Chandley - 1975**

texto

© **Jorge Núñez - 1975**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1975

CAPITULO PRIMERO

—¡Atención, Base Solaes! ¡Atención, Base Solaes...!

—¡¡Coronel!! Nueva comunicación.

—¡Conecto! Estoy a la escucha.

El coronel de la Base a cuyo mando tenía un escuadrón de astronaves espaciales, puso los cinco sentidos en lo que iban a decir en el mensaje.

—Nuevamente, terrícolas de la Base Solaes se encuentran en nuestro poder. Serán petrificados, como otros tantos que han pretendido inmiscuirse en nuestros asuntos.

»Por última vez os conminamos a que acatéis nuestros mandatos; de lo contrario, seréis eliminados, comprendiendo en ello a todos los habitantes de ese planeta llamado Tierra.

El coronel Albert Stiller indicó a su ayudante que calculara, con ayuda de parámetros, la distancia de emisión de las microondas.

Mientras, procuró entretener a los comunicantes:

—Quienquiera que seáis, mal podemos llegar a un acuerdo, cuando vuestros procedimientos son punibles ante la libertad y convivencia espacial.

—La convivencia espacial la imponemos nosotros; la libertad queda supeditada a nuestros deseos.

El coronel dirigió una mirada apremiante a su ayudante.

Toda la sección de cálculos espaciales actuaba a marcha acelerada, auxiliándose con las programaciones de los computadores.

El ayudante, por gestos, le indicó que todavía no poseían un dato concreto, por lo que el coronel procuró prolongar la conversación:

—Esto es una imposición unilateral. La convivencia está basada en una relación mutua, en una exposición de criterios, en los que concuerden ambas partes...

—Por la forma que te expresas, tus teorías han quedado relegadas. Nosotros sabemos, por experiencia, que somos los más

fuerter; por lo tanto, sacamos partido de nuestra situación y despreciamos a los débiles.

Ante estas palabras, vaticinó el coronel:

—Quien está seguro de sus méritos y menosprecia a los débiles, suele incurrir en nefastos errores.

—No hay posibilidad de errores, cuando se sabe que somos perfectos.

En estos momentos, el ayudante del coronel le indicó que ya tenían los datos que perseguían.

El coronel Stiller, para cortar toda aquella serie de sandeces, preguntó:

—¿Y qué pretendéis vosotros?

—La sumisión del planeta Tierra.

—¿No creéis que vuestras pretensiones son un tanto petulantes?

—Coronel, para que te convenzas de que estamos lejos de lo que tú denominas petulancia, observa lo que va a pasar en la Base Solaes.

Se dejaron oír varios estampidos, como si una aparatosa tormenta se hubiera desencadenado.

Lo curioso del caso es que el firmamento estaba exento de nubes y un esplendoroso sol lucía en aquellos momentos.

Varias naves espaciales estaban aparcadas libremente en el astródromo y cada una de ellas, luego del estruendo similar al consecuente de un rayo, se encontraban atravesadas y materialmente clavadas por una columna.

Estas columnas presentaban una superficie irregular y forma cuniforme de varios metros de altura y de considerable diámetro.

El coronel, su ayudante y todos los componentes de la Base Solaes, no podían dar crédito a lo que veían.

Albert tenía noticias de lo sucedido en otras principales Bases, pero esto lo puso en cuarentena, puesto que los datos que poseía no eran muy concretos.

La petulante voz se dejó escuchar de nuevo, con una sarcástica pregunta:

—¿Estás convencido ahora de mis palabras, coronel?

A lo que contestó el aludido:

—Si pretendéis intimidarnos con vuestras tropelías, estáis en un error.

—Quien ha caído en el error sois vosotros. La evidencia la tienes patente y al igual que tus naves han sido prácticamente destruidas, lo mismo sucederá con las grandes ciudades de vuestro planeta.

—¿Y qué pretendéis con todo ello?

—La sumisión incondicional de vosotros.

El coronel estuvo a punto de contestarle: «Quien siembra vientos, recoge tempestades.»

Pero se abstuvo de manifestar su pensamiento e insistió:

—¿Por qué?

—Eso lo sabrás a su tiempo. Límitate a seguir las instrucciones que en su momento recibirás. Y basta ya por hoy.

La comunicación se cortó y por más que insistieron, no obtuvieron respuesta a su demanda.

* * *

En la sala de control y rastreo imperaba gran actividad.

En la amplia pancarta sideral aparecían unos trazos rojos, incidiendo al final en un punto desconocido, o sea, de los que denominaban cero por inexistencia de planeta o estrella de mayor o menor magnitud.

—Estos son los resultados obtenidos, coronel —manifestó su ayudante.

—Pues, Bill, siendo el hecho palpable de que el espacio es infinito, es como hallar una aguja en un pajar, como diría el refranero de nuestros antepasados, que no por viejos, si no por experiencia, suelen ser muy verdaderos.

—Pero, coronel...

—Sí, ya sé —interrumpió al ayudante—. La localización

imprecisa en la cuadrícula sideral, corresponde entre la cuarta y quinta galaxia y en consecuencia, determina el grado dos o tres años luz.

Mientras en la sala de conferencias, el coronel estaba deliberando los pormenores de la cuestión, en cuanto a tripulaciones desaparecidas y datos específicos, un hecho pasó desapercibido al personal de vigilancia del astródromo.

Llegada la noche cerrada, de aquellas formas cuniformes, que no lograron menear, salieron unas siluetas en forma humana que sigilosamente se fueron perdiendo en la oscuridad.

Albert Stiller se retiró tarde a su alojamiento, no sin antes haber concretado con los componentes de su escuadrilla el plan a seguir.

Nada más abrir la puerta, dos figuras sé le vinieron encima tratando de inmovilizarle.

El coronel actuó por reflejo defendiéndose del ataque, aunque sus golpes caían en el vacío.

Logró atrapar a uno de los atacantes que por la forma de su cuerpo sólo podía pertenecer a una mujer, aunque la fuerza no estaba en consonancia con su anatomía.

La voz femenina que escuchó le confirmó su descubrimiento:

—Breda, insensibilízale. Me tiene cogida.

—Sí, Cela —le contestó la otra voz femenina.

Las palabras de la llamada Breda orientaron al coronel de la posición que ocupaba ésta.

Sin soltar a la que tenía asida, alargó el brazo y su mano tropezó con una mata de pelo al que dio un tirón seco y la atrajo hacia la que tenía sujeta.

Fue tal el impulso que imprimió que las cabezas de las atacantes chocaron entre sí y el coronel notó que ambos cuerpos se desplomaban.

Las dejó caer y acto seguido pulsó el interruptor, iluminándose la estancia.

Ante él aparecieron dos cuerpos de muchachas, cuyas formas y rostros resultaban atractivos.

Ambas vestían igual: blusa camisera prácticamente abierta hasta la cintura que sujetaba una falda corta con un ancho cinturón de gruesa hebilla.

Pudo darse cuenta también de que una fina y tupida malla, color carne, les cubría las partes que quedaban al descubierto hasta el cuello, cuyo borde cerraba un ancho collar.

El calzado, de suela plana y silenciosa, eran unas botas plateadas con caña hasta bajo de la rodilla.

La diferencia más notoria entre ellas era que una poseía el cabello rubio y la otra negro y por la posición que ocupaban dedujo que la rubia era Breda y la morena Cella, con la que más directamente luchó.

Estaba contemplándolas sin saber qué hacer, puesto que su aparente fragilidad no estaba en consonancia con la fuerza que demostraron tener.

Dudó entre reanimarlas o esperar a que volvieran en sí por su natural, pues ante la experiencia habida, no podía descuidarse y exponerse a un nuevo ataque de aquel par de fierecillas.

Al volverse para coger un frasco de sales para aplicárselas y contrarrestar su aturdimiento, descubrió que en un lugar muy visible había una nota.

El coronel pensó para sí que no habían demorado el envío, pues no dudaba de su procedencia.

Se dispuso a leerla:

«Coronel: Las acciones llevadas a cabo por astronaves a tu mando, nos han causado graves perjuicios que no estamos dispuestos a tolerar más.

«Has tenido una prueba de nuestras represalias y de no aceptar las condiciones, éstas se extenderán a vuestras ciudades.

«Exigimos: 1.º — La entrega de planos de tus cosmonaves U-F-35. 2.º — La no interferencia en nuestros asuntos. 3.º — Tu colaboración en entrenamientos de pilotos y estrategia espacial.

»A cambio de todo ello te ofrecemos un poder sin límites, como jamás has podido soñar.

»La contestación la puedes dejar, junto con los planos, en el mismo lugar que has encontrado el mensaje y el plazo que te

imponemos es el de mañana a esta misma hora.

»¡Ah! No pretendas someter a vigilancia el lugar para sorprender a quien lo recoja.»

Firmaba el mensaje: «Los Libertadores del Espacio.»

Albert Stiller repitió, irónico :

—Libertadores del Espacio... Menudos libertadores cuando hacen uso de métodos violentos.

Su atención recayó de nuevo en las muchachas que parecían dar síntomas de recuperación.

Con delicadeza cogió primero a Cela, la morena, y la depositó en un mullido y amplio asiento con respaldo.

Luego hizo lo mismo con Breda, la rubia, colocándola al lado de su compañera.

Después destapó el frasco y les hizo inhalar su contenido.

El efecto fue inmediato. Parpadearon brevemente y sus facciones, tan dulces en su inconsciencia, adquirieron un aire de dureza y sus músculos se tensaron como si se dispusieran a un nuevo ataque.

Albert les sonrió, diciendo:

—¡Vaya...! Las lindas Breda y Cela ya han despertado de su sueñecito...

Como si adivinara sus intenciones de lanzarse nuevamente contra él, extendió la palma de la mano en señal de alto, prosiguiendo:

—No, no; no os mostréis tan ofensivas como antes. Vais a dejarme agotado y sintiéndolo mucho, tendré que mandaros de nuevo al país de los sueños, cosa que sabiendo ahora quiénes sois, me repugnaría un poco. Pero... considerando la igualdad de oportunidades, a fe mía que lucháis como hombres y en ese caso...

El coronel era un muchachote fornido, de facciones varoniles de las que gustan al sexo opuesto, de sonrisa fácil, aunque por sus rasgos y sus palabras dejaba traslucir una voluntad férrea.

Las jóvenes, al ver descubiertas sus intenciones, relajaron sus músculos y de nuevo se apoyaron contra el respaldo del asiento que ocupaban.

—¡Magnífico! Eso está mejor... Estáis más bonitas así que con cara de pocos amigos... ¿Cómo os encontráis? ¿Queréis tomar algo?

El más absoluto silencio por parte de ellas.

—Pues no sois muy locuaces que digamos. El permanecer calladas en una mujer debe de constituir un martirio tremendo. ¿No es así?

Tampoco obtuvo respuesta a su pregunta.

—Bueno..., ya veis que mi actitud es amistosa y quiero hacer honor a la visita de dos bellezas, que, por inesperadas, han sido sorprendentes y más por el «efusivo» recibimiento...

Las aludidas sólo le miraron, pero de sus labios no salió una palabra.

—De acuerdo. No creo que el golpe en la cabeza os haya producido afasia, o sea la pérdida del habla. De todos modos, me vais a permitir que os pregunte algo.

Se volvió para coger el mensaje y, mostrándolo, inquirió :

—¿Vosotras habéis traído esto?

A Albert le pareció notar en ambas un retraimiento.

Insistió el coronel:

—¿Lo habéis traído?

Las dos se miraron, y Cela parecía dispuesta a contestar, cuando Breda le atajó, aterrorizada:

—¡No!

Y acto seguido, con una agilidad insospechada, se levantó, y pretendió alcanzar la puerta.

Pero el coronel se interpuso en su camino, y se enzarzaron en una breve pelea, en la que Breda quedó inmovilizada.

Cela ya estaba de pie, dispuesta a acudir en ayuda de su compañera, mas la potente voz y la mirada decidida del coronel la retuvieron:

—¡Quieta! No voy a andarme en contemplaciones con vosotras. He hecho lo posible para tratar el asunto amigablemente. ¿No lo habéis querido? Vuestras razones tendréis. Pero yo también tengo las

mías para poneros a buen recaudo.

De un empujón, hizo volver a Breda al asiento que ocupara, y Cela lo hizo por sí sola.

El coronel pulsó un botón, y comenzó a decir:

—Cuerpo de guardia, aquí el coronel Stiller...

Cela le interrumpió:

—¡Un momento! ¡No quiero estar encerrada! Diré lo que quieras.

—¡Cállate, Cela! —le gritó, a su vez, Breda.

—¡No puedo más! ¡He de hablar, aunque con ello me vaya la vida, y tú sabes que tampoco puedes aguantar...

—¡A mí no me comprometas! ¡Quiero vivir...!

Y Cela, como si ahora tuviera prisa, comenzó a decir:

—Sí, coronel, nosotras lo hemos traído. Al sorprendernos, debíamos de inutilizarte, y si tu respuesta era negativa... llevarte... con... e...ll...o...s...

El rostro de Cela se fue amaratando súbitamente, sus ojos se hicieron saltones, y sus dedos se engarfiaron al collar que cubría su cuello y su boca abierta ansiosa de aire.

Después cayó al suelo, como fulminada.

Otro tanto comenzó a ocurrirle a Breda.

Por un altavoz se dejó oír al oficial de guardia, que preguntaba :

—¡Coronel! ¿Qué le ocurre?

—¡Pronto! ¡Que venga el doctor!

CAPITULO II

Cuando el comandante médico, Ralph Dunn, llegó al alojamiento del coronel, vio a éste arrodillado encima de una muchacha, y con las manos asidas a su cuello.

A su lado yacía otra joven.

El doctor Dunn se quedó parado ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, y preguntó, horrorizado:

—¡Albert! ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? ¿No te basta con estrangular a una...?

—¿Qué majadería se te ha ocurrido? Estoy tratando de quitarle el collar, y haz lo mismo con la otra. ¡Estúpido!

El sudor cubría la frente del coronel. Se encontraba impotente de romper aquella argolla que circundaba el cuello de Cela.

Notaba que el cerco se estrechaba por momentos, y llegó un instante que los esfuerzos los tuvo que centrar para liberar sus dedos, que habían quedado aprisionados.

Instantes después, oyó el espeluznante crujido de las vértebras cervicales al quebrarse.

Idénticos hechos se repitieron, segundos después, en Breda.

Lentamente se fue incorporando el coronel para luego hacerlo el comandante médico, quien se le quedó mirando, como esperando una explicación.

El coronel estaba demasiado absorto en la contemplación de las jóvenes para darse cuenta de lo que pretendía el doctor.

En vista de que su silencio persistía, le preguntó directamente:

—Y bien... ¿Qué ha sucedido? ¿Te has sentido un «Barba Azul»?

Albert Stiller pareció salir de sus pensamientos, al contestar:

—¿Qué...? ¡Ah! Sí, sí...

—¿Que lo has hecho tú?

—¿El qué?

—Pues, ¿qué tiene que ser? Ese maléfico artificio. ¿Para eso te las has traído? ¿Estás en tu sano juicio, Albert?

—Quien me da la impresión que lo has perdido eres tú, doctor.

—A la prueba me remito. ¿O acaso esos dos cuerpos no pertenecen a sendas jóvenes estranguladas?

—Claro que sí.

—¿Luego, confiesas tu culpabilidad?

—¿Qué culpabilidad y toda la gama de asteroides? ¿Pretendes cargarme con el muerto?

—No, pero con las muertas, sí. Tú me dirás qué hacían aquí estas muchachas.

—Pues estas muchachas han venido a traerme un mensaje, y me han atacado. Yo he tenido que defenderme...

—¡Ya...! ¿Y has tenido que llegar a ese extremo...? Por mucha amistad que medie, hay hechos que no se pueden silenciar, y me veré obligado a poner en antecedentes a la superioridad.

—Pero, Ralph... Vamos a ver. ¿Crees tú que yo he cometido esta tropelía?

—Por aquí no veo más que a ti, y los cuerpos de esas infelices.

—Te olvidas de una cosa primordial: Sus collares.

—Eso no quiere decir nada. Pueden ser producto de tu mente extraviada.

—Ralph, si no te conociera, diría que estás hablando muy en serio.

—¡Y tanto que hablo en serio! No hay derecho a interrumpir el plácido sueño de un mortal para presenciar un espectáculo de esta índole.

Albert Stiller casi estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas, y no lo hizo por respeto a los cuerpos yacentes.

Entonces se acordó de que no había cosa que le molestara más al doctor que el que interrumpieran su descanso.

En una ocasión fue a despertarlo a altas horas de la noche, a causa de que un teniente se sentía indispuerto.

Le visitó, y al comprobar que su «enfermedad» era consecuente de haber estado de juerga e ingerir más alcohol de la cuenta, le recetó que durante tres días le aplicasen sinapismos en las posaderas, diciendo:

—De este modo, cuando se siente ante una mesa, será comedido y no despertará a un mortal que tiene en aprecio su ganado descanso.

Tanto es así, que le llamaban cariñosamente el «teniente sinapismo», y la receta del doctor surtió un efecto contundente, pues desde entonces ya no probó más alcohol.

—Bueno, ya que estoy despierto, al menos cuéntame lo sucedido. Pero antes, que se lleven a esas infelices y las depositen en la cámara. Mañana las examinaré.

El coronel, por indicación del doctor, cursó las órdenes oportunas y, cuando quedaron solos, le relató los hechos.

Al concluir, el coronel resumió:

—La cosa está clara. Esos collares que llevan constituyen un verdadero nudo gordiano, imposible de deshacerlo, y sometido a control remoto para impedir que puedan proporcionar información.

—¡Eso es terrible, Albert! Esos individuos son unos desalmados. ¿Y qué piensas contestar al mensaje?

—Una negativa contundente.

—Bien, ya hemos prolongado bastante la velada. Mañana te diré los resultados.

—Una cosa, Ralph. Mándame al laboratorio los collares y los cinturones de las chicas.

—De acuerdo. A ver si puedo recuperar el sueño perdido.

Y sin más, abandonó la estancia del coronel.

* * *

Albert Stiller, cuando se disponía a acostarse, se dio cuenta de

que los dedos de sus manos estaban blanquecinos, como si hubiera estado manipulando con cal o yeso.

Estuvo un momento meditando con qué se los pudo ensuciar y, no acertando con la causa, se limitó a limpiárselos y se acostó, pues el día había sido movido.

No supo cuánto tiempo había dormido, cuando la voz del comandante médico Ralph Dunn le despertó, sobresaltándole:

—¡Albert, Albert! Despierta de una vez.

—¿Qué ocurre?

—Algo muy raro. ¡Corre, ven conmigo!

Como un autómatas, Albert Stiller se tiró del lecho y se vistió y, acto seguido, fue en pos del doctor que le precedía.

A medida que iba caminando, fue adquiriendo conciencia de sus actos, y comprobó que se dirigían a la parte donde estaba enclavado el hospital de la Base.

No pudo contenerse de preguntar:

—¿Se puede saber qué diablos sucede? Desde luego, debe de tratarse de algo excepcional, cuando tú estás despierto todavía.

—¡Y tanto...! Por ti mismo, juzgarás.

—Pero, ¿el qué? Anticípame algo, hombre.

—Prefiero que lo contemplen tus ojos, a las palabras que pueda decirte.

Llegaron al departamento de conservación de cadáveres y, sobre sendas mesas, habían unas formas recubiertas de concreciones calcáreas.

El coronel quedó decepcionado, preguntando, sin poderlo evitar:

—¿Y para eso me has llamado?

—Atiende a lo que voy a decir. Al lavarme las manos, antes de volver a la cama, he observado que los dedos y la misma palma de la mano estaban blanquecinos.

—Eso mismo me ha pasado a mí, y no he ido a sacarte de tu lecho.

—Con la diferencia que tú te has puesto a dormir como un lirón, y yo no he pegado ojo. ¡Para que te fíes de la fama que le cargan a uno...!

El coronel Stiller, haciendo acopio de paciencia, manifestó:

—Ralph, si se trata de una broma, ya está bien. Mañana, mejor dicho, hoy me espera un día muy ajetreado.

—Sí, ¿eh? Pues eso que ves ahí encima son los cuerpos de las dos chicas.

—¿Qué sandeces dices? El haberte cortado el sueño te ha desequilibrado.

—Pues, lo creas o no, ésta es la verdad. Aproxímate.

Albert accedió a la indicación, de mala gana; pero al contemplar, en aquella lechosa transparencia, las facciones de la muchacha llamada Breda, no pudo dar crédito a lo que veía.

Se dirigió a la otra forma yacente en la mesa contigua y, a duras penas, pudo descubrir que se trataba de Cela.

Pasado el primer momento de estupefacción, inquirió:

—¿Y cómo has llegado a descubrir esto?

—Tal como te he dicho antes, llegué a la conclusión de que lo único que toqué fue el cadáver de esa muchacha y, al recordar que durante el día no traté ninguna fractura, deduje que la pigmentación blanquecina de las manos podía proceder de ella.

—¿Y qué hiciste?

—Sencillamente, me vine para acá, y me encontré con este fenómeno.

—¿Y el collar y cinturón de ambas?

—Mira si tú los puedes conseguir. He hecho todos los posibles, con resultados negativos.

Albert puso las manos en lo que horas antes era un cuello tibio y delicado, y se encontró con una superficie llena de rugosidades y de una resistencia pétrea.

—Dame un escoplo y un martillo, Ralph.

El doctor le entregó lo que pedía, y el coronel comenzó a golpear en la parte que todavía se adivinaba el cuello.

Las hendiduras que a duras penas conseguía, pronto eran recubiertas por otras capas, que emergían de dentro afuera.

Al cabo de unos minutos, tuvo que desistir, ante la inutilidad de su empeño.

Casi enfadado, preguntó:

—¿No hay forma de conseguirlos?

—Lo único que se me ocurre es utilizar una sierra mecánica.

El coronel se dio por vencido y, como, a aquellas horas, no era cuestión de despertar a todo el personal, dijo :

—Lo dejaremos para más tarde, puesto que, desgraciadamente, nada podemos hacer por ellas.

—Sensatas palabras, las tuyas. Me vuelvo a la cama para recuperar, y te aconsejo que hagas lo mismo, Albert.

—Si —contestó, no muy convencido, el coronel.

Los dos abandonaron el lugar, y cada cual se encaminó a su alojamiento.

Pero, por lo visto, su descanso iba a durar poco.

El coronel estaba con los ojos abiertos, pensando en lo sucedido, cuando unas explosiones conmovieron a la Base Solaes.

De un brinco se tiró del lecho, en el que se tumbó vestido, al tiempo que la alarma sonaba con su estridencia.

En unos segundos, los pasillos del edificio se vieron concurridos por el personal y, a través de los altavoces, anunciaron :

—¡No invadan la pista de aterrizaje! ¡Acudan al hospital...!

Albert Stiller fue de los primeros que llegó, y pudo comprobar que el pabellón destinado a la conservación de cadáveres había desaparecido materialmente.

La explosión había afectado a varias naves del hospital, y él mismo ayudó a recoger heridos, algunos de ellos en extrema gravedad.

El desorden imperaba por doquier, y los lamentos de los heridos

contribuían al nerviosismo imperante.

Otras explosiones se sucedieron, y algunos cobertizos de los hangares se derrumbaron.

Nadie sabía las causas de todo aquello, y solamente el coronel y el comandante médico sospecharon a qué era debido.

Por fin, el coronel Stiller impuso la calma y la disciplina, efectuándose las operaciones de salvamento con premura.

Después acudió a la pista de aterrizaje, y grandes boquetes se habían abierto donde antes estuvieran las aeronaves clavadas por aquellas columnas cuniformes, y cuyos trabajos para liberarlas ya habían comenzado.

De las naves y las columnas no quedaba nada, y en uno de los hangares en que se hallaba próxima una nave «clavada», la techumbre había caído sobre las que allí albergaba.

El balance final fue desastroso. Numerosas bajas, entre muertos y heridos, pérdida de aeronaves y destrucción de edificios.

CAPITULO III

Ante la magnitud del desastre, el coronel tuvo que notificarlo a la superioridad.

Al confirmarle que ya en otros lugares se habían originado, si no iguales, parecidos incidentes, y que las investigaciones llevadas a efecto no habían dado resultados positivos, encargaban al coronel Albert Stiller se ocupara del caso, con plena libertad de acción.

También le anunciaban que, a la mayor brevedad, contestara si aceptaba o no.

Todo esto no le gustó al coronel. De antemano pensaba aceptar, pero demasiada publicidad para una plena libertad de acción.

Sin notificar a nadie de la Base Solaes el objeto de su ausencia, el coronel montó en su aéreo-vehículo particular, y partió con rumbo desconocido.

Aterrizó en una pequeña explanada, circundada por tupidos árboles, y nada más su aparato tomó tierra, una rampa se abrió, y por ella se deslizó el aparato del coronel.

Un poco más lejos de allí, se veía un edificio residencial, sede del anciano y retirado comandante general Sam Harwey.

Aquella apacible retirada residencia estaba vigilada por unos pocos hombres de la guardia personal del comandante general.

Mas la realidad era otra.

Aquellos hombres cubrían el expediente de vigilancia, y saltaba a la vista, de quien lo sabía, que personal tan escaso era imposible que interceptara a cualquier intruso.

Sin embargo, si alguien pretendió penetrar en aquella área, sin saber cómo, se encontraba con un par de guardianes, a los que tenían que dar una explicación satisfactoria o, de lo contrario, eran detenidos y, en algunos casos, jamás se sabía de ellos.

El lugar, en sí, no era, ni más ni menos que el Centro neurálgico de Inteligencia, cuyo jefe supremo era el comandante general Sam Harwey.

El corone] Albert Stiller fue un aventajado alumno de Harwey, y

éste le tenía en gran estima, apreciándole como si fuera un hijo.,

Todo aquél que, tras superar duras pruebas, ingresaba en el Cuerpo capitaneado por Sam Harwey, efectuaba un juramento solemne de que jamás revelaría su pertenencia, así como el lugar de emplazamiento del Centro.

Ellos apenas si se conocían unos pocos, y entre éstos, siempre había un jefe que recibía órdenes o asistía a reuniones, según grados de categoría, y muy pocos mantenían contacto directo con Sam Harwey como jefe supremo de la Organización.

De ahí que contaba «el vejete Sam», como le llamaban cariñosamente, con una extensa red, y no había acontecimiento del que él no se enterara o interviniera para resolverlo.

Si algún miembro estuvo a punto de delatar la existencia de la Organización, sin saberse cómo, desaparecía, y era confinado en uno de los Centros para trabajos auxiliares, de nula responsabilidad.

Los principios que les había inculcado Sam Harwey eran la rectitud, el dar todo por la Humanidad, mantener el secreto como miembro de la Organización, para no despertar recelos y poder actuar libremente, y el ayudarse entre ellos para la consecución de un bien común.

El control que se ejercía en aquel Centro, todo era electrónico, de una precisión tal, que no daba lugar al más mínimo error.

El coronel, antes de tomar tierra, pulsó tres botones disimulados en el salpicadero, con los dedos índice, anular y corazón.

Sus huellas dactilares fueron transmitidas y captadas por una computadora, la cual puso en disposición los mecanismos de acceso.

Al final de la rampa existía un espacioso hangar subterráneo, parando su vehículo precisamente en el centro de un círculo iluminado.

No se veía a nadie por allí.

Albert Stiller se apeó y, acto seguido, su vehículo fue descendiendo hacia un piso inferior.

Se dirigió hacia un muro, donde existían tres hendiduras; aplicó la yema de los tres dedos, y una puerta se abrió.

Sólo traspasarla, se cerró a sus espaldas, y aquel reducido espacio

donde se introdujo, se puso en movimiento ascendente.

Segundos después, se detuvo, y un panel de la cabina se deslizó hacia la derecha, dejando al descubierto un corto pasillo, de paredes lisas y obstruido al final.

Iba a registrar sus huellas, cuando el muro del fondo se abrió, y el propio comandante general Sam Harwey le recibió, con los brazos abiertos.

Ambos se palmotearon efusivamente las espaldas, y el «vejete Sam» se lamentó:

—Eres muy caro de ver, hijo. ¿Problemas...?

—¿Para qué preguntas, si lo sabes de sobra?

Sam esbozó una sonrisa de complacencia, más que nada porque Albert se acordaba de que quería que sus allegados le tutearan, pues decía que, del otro modo, se sentía más viejo.

—Bien, bien... Siéntate y cuéntame tus cuitas. Aunque presiento que ya vienes con un plan preconcebido.

—Te supongo, también, enterado del comunicado del Alto Mando.

—Exacto. Ya sabes que a mí no se me escapa nada. ¿Piensas aceptar?

—Por descontado, pero no de ese modo. Sería como pretender sorprender una ave de presa con toda clase de ruidos.

—Exacto, tienes razón. Ese Wifford es muy inteligente, pero le gusta airear lo que ordena, y lo hace para luego recoger los laureles, aunque, en ocasiones, esos mismos laureles se convierten en lanzas contra su petulancia.

—Verás, Sam, lo que yo he pensado... Voy a doblegarme a las exigencias del mensaje. Es un cargo de conciencia el sacrificio de seres inocentes.

—¡Pero, Albert! ¿Has perdido el juicio? ¿No piensas que a ese sacrificio inicial seguirán otros muchos más graves?

—Ten paciencia, Sam. Déjame terminar, y te convencerás de que es lo mejor.

La conferencia que mantuvieron se prolongó durante unas horas,

al cabo de las cuales, el coronel Albert Stiller abandonó aquel lugar, con el mismo secreto que había llegado.

* * *

Lo primero que hizo al llegar a la Base, luego de interesarse por los heridos y la marcha de las reparaciones, fue cursar la renuncia a la misión encomendada y, horas más tarde, aceptar las condiciones de «Los Libertadores del Espacio».

Albert se quedó en actitud meditativa, cuando fue sorprendido por la llamada de su capitán ayudante Bill Cohen :

—¡Coronel! Otra vez el mensaje.

—Voy para allá.

Cuando llegó a la gran sala de comunicaciones, todo el personal estaba dedicado en calcular el lugar de donde era efectuada la llamada.

El amplificador decía:

—¡Coronel Stiller, de la Base Terrícola Solaes...! Pon mucha atención...

—Coronel Stiller a la escucha.

—Ya habrás comprobado lo ocurrido, por querer pasarte de listo. ¡Muy lamentable todo...! Pero esto sólo es una pequeña muestra de principio. Seré breve. Sólo te recuerdo que el plazo expira esta noche y... nada de tonterías, que las consecuencias serán mayores. ¡Hasta la vista...!

Albert reaccionó:

—¡Oiga, oiga! ¡Un momento...!

Mas la voz sarcástica va no volvió a aparecer en las ondas.

Con aire cansino, preguntó:

—Bill, ¿se ha conseguido algo?

—Es..., es desconcertante, coronel. El punto de emisión es muy diferente al localizado en un principio.

—No me sorprende, muchacho. Lo raro sería que fuera del mismo

sitio. Es gente muy lista.

—¿Qué piensa hacer, coronel?

—Eso es problema mío.

El resto de las horas las pasó muy ocupado, atendiendo los quehaceres dimanantes de su mando y cuando, ya de noche, se retiró a su alojamiento, la nota dejada por él había desaparecido, junto con los planos.

No se inmutó por ello. Tomó un somero refrigerio, y se dispuso a descansar, aunque el sueño no acudía a él.

Por eso pudo apercibirse, a altas horas de la madrugada, de unos pasos furtivos por el pasillo, pero no les concedió la menor importancia.

Podía tratarse de algún oficial trasnochador o que terminaba algún servicio.

Mas esos pasos se dejaron sentir en unos períodos regulares, aunque luego pensó que era potestativo del oficial de guardia el fijar rondas extraordinarias y que, debido a los acontecimientos, eran convenientes.

Por fin, el cansancio le venció y, a la hora de costumbre, luego de atender a su aseo personal, fue a salir.

Se encontró con que dos centinelas le interceptaban el paso.

Ante el asombro que demostró al ver a un par de sus hombres allí, uno de ellos aclaró:

—Lo lamento, señor. Debe permanecer arrestado en su alojamiento. Ordenes del jefe del Alto Mando.

—Pero...

—Lo sentimos, señor —repitió el centinela—. No podemos dar más explicaciones.

Albert, reponiéndose de la sorpresa, se irguió, manifestando:

—Está bien. No seré yo quien entorpezca su deber.

Y cerrando la puerta, se encaminó hacia el interior de su alojamiento.

Se sentó ante la mesa, y apoyó la cabeza entre sus manos, pensando que algo marchaba mal.

En cuanto a su renuncia de la misión, era para encubrir su aceptación, el no divulgarlo para que se llevara todo con el mayor sigilo. De todo ello se encargaría el vejete Sam.

Igualmente se había establecido una secreta vigilancia para atrapar a quien se hiciera cargo de los planos, y la nota dejada por el coronel.

Aunque los planos fueron modificados por él mismo, cambiando todo aquello que consideraba como secreto militar, constituía un desprestigio por su parte el que llegaran a manos de sus enemigos.

Intentó ponerse en comunicación con el comandante general Sam Harwey, para salir de dudas sobre lo que había pasado.

Pero se encontró con que sus líneas y radio estaban bloqueados. Se hallaba completamente incomunicado.

Con una amarga sonrisa, se dijo:

—¡Vaya...! Wilfford sí que ha tomado precauciones...

Iba a sentarse de nuevo, cuando oyó voces procedentes del pasillo.

El timbre inconfundible de la voz del comandante médico Ralph Dunn, se dejó oír:

—Esas órdenes no rezan para mí. Voy a ver a mi paciente.

—Aunque así sea, señor. La orden es tajante: Impedir cualquier contacto con el coronel.

—¿Y si el coronel se está muriendo? —inquirió Ralph.

—En tal circunstancia, acuda al oficial de guardia. Es el único que puede decidir.

—Pues claro que lo haré. ¡No faltaba más...!

Pudo apercibirse de que Ralph se alejaba y, a los pocos minutos, volvía, diciendo a los centinelas:

—Aquí tenéis la orden, por escrito.

A poco, la voz de uno de los guardianes:

—Está bien, señor. Puede pasar.

Acto seguido, la puerta se abrió, y apareció el corpachón del doctor; él mismo cerró para ir en busca del coronel.

—Pero, Albert... ¿En qué lío te has metido?

—No sé. Tú sabrás.

—Parece que la cosa es grave. Sin ser una cosa oficial, se rumorea que pesa sobre ti una acusación de alta traición.

Albert, sin inmutarse, contestó:

—Puede que así sea.

—¡Ah! ¿Y lo dices tan tranquilo? ¿Lo admites?

—Un momento. He dicho que puede pesar una acusación sobre mí, pero de eso a admitirlo, media un abismo.

—Pero..., vamos a ver. Vayamos por partes. Desde que me he enterado, estoy hecho un verdadero lío. ¿Has cometido algún acto en que funden una acusación en firme?

—Imagino la causa de todo ello, mas ten la seguridad...

En este preciso momento, uno de los centinelas hizo acto de presencia, indicando al comandante médico:

—Perdone, señor. El plazo para la visita ha concluido.

—Está bien, está bien... —y dirigiéndose al coronel, le dijo—: Albert, pase lo que pase, me tienes a tu lado,

—Gracias, Ralph. Quizá lo necesite.

CAPITULO IV

En una de las salas del edificio principal de la Base Solaes, compareció, escoltado, el coronel Albert Stiller, ante un tribunal, cuya presidencia la ostentaba el jefe del Alto Mando, Wilfford.

Nada más la escolta del coronel se hubo retirado de la sala, el presidente tomó la palabra:

—Se ha reunido este tribunal, a puerta cerrada, para juzgar al coronel Albert Stiller de un delito de denegación a prestar un servicio, de abuso de autoridad y entrega de documentos de vital importancia.

Hizo una breve pausa, tras la cual, mirando inquisitivamente a Albert, preguntó:

—Coronel Albert Stiller, ¿se declara inocente o culpable?

El coronel, todavía de pie, contestó, arrogante:

—Inocente, señor.

Los componentes del Tribunal se miraron entre ellos, y el presidente habló de nuevo:

—Antes de comenzar la causa, se le advierte de su derecho al nombramiento de un abogado que se haga cargo de su defensa.

—Gracias, señor. Asumiré mi propia defensa.

—Concedido. El fiscal tiene la palabra.

Un militar, de la misma graduación, que Albert, tras los formulismos de rigor, inquirió:

—¿No es cierto, coronel, que, ante la recomendación del Alto Mando de que se hiciera cargo de una misión, concretamente la de aniquilar a quienes atentan contra nuestra seguridad, se pronunció con una negativa, como aquí consta?

—Según consta en las Ordenanzas...

—¡Coronel! Límitese a contestar sí o no —le atajó el fiscal.

Albert miró al fiscal en funciones. Era mucho mayor que él, dándose la circunstancia que estuvo bajo sus órdenes antes de ascender, y jamás perdonó que Albert ostentara el grado de coronel,

ganado por méritos propios, siendo mucho más joven que él.

Se dijo que, ante la evidencia de los hechos, tenía que doblegarse a su exigencia, por lo que se limitó a decir :

—Sí.

—Señores del tribunal, sólo este hecho, de por sí, demuestra una negligencia, que atenta a nuestra ética militar, un acto de indisciplina y flaqueza, y que la voluntad del acusado predispone a los actos más repulsivos...

Albert se levantó, exponiendo con firmeza:

—¡Protesto!

El presidente admitió:

—Ha lugar la protesta. Cíñase el fiscal a su acusación, y absténgase de deducciones particulares.

El fiscal tuvo que admitir, de mal grado, la advertencia, exponiendo:

—Solicito la presencia de un testigo, el capitán Bill Cohen.

—Concedido.

Tras el permiso del presidente, su ordenanza fue en busca del capitán ayudante del coronel Albert Stiller.

Cubiertos los formulismos, tomó asiento en el lugar destinado a los testigos.

—Capitán Cohen. ¿Quiere repetir, ante el tribunal, las palabras del coronel, después de mantener una conversación, y localizar el lugar de emisión con los llamados «Libertadores del Espacio»?

—Manifestó que, por el lugar localizado, un punto cero y grado dos o tres años luz, sería difícil dar con ellos.

—Capitán, le ruego haga memoria, y concrete las palabras exactas.

—Fue esto, poco más o menos, lo que dijo, señor.

El fiscal insistió:

—Voy a hacerle memoria. ¿No es cierto que dijo: «Es como hallar una aguja en un pajar»? ¡Conteste!

—Bueno, sí. Eso dijo.

—¿Quiere repetir al tribunal lo que contestó el coronel Stiller, tras su pregunta de lo que pensaba hacer, luego de haber sufrido el desastre, y mantener una segunda conversación con los interfectos?

El capitán Cohen, como pidiendo perdón a su coronel con la mirada, contestó:

—Dijo: «Eso es problema mío.»

—Gracias. No más preguntas.

—¿Desea interrogar la defensa al testigo? —inquirió el presidente.

—No, gracias —contestó Albert.

El fiscal llamó a otro testigo, al comandante médico Ralph Dunn, a quien acosó:

—Comandante, teniendo noticias del contenido del mensaje, su obligación era ponerlo en conocimiento inmediato de sus superiores y, al no hacerlo, se convierte en cómplice del coronel Stiller.

Intervino Albert:

—¡Protesto! El fiscal está tratando de coaccionar al testigo, cuando la única responsabilidad es mía.

—Ha lugar a la protesta. Límitese el fiscal a la acusación del encartado.

El que actuaba de fiscal hizo una ligera inclinación de cabeza, a modo de asentimiento a la recomendación del presidente del tribunal, para volver luego al comandante médico:

—¿No es cierto que el coronel Stiller traicionó su palabra, al decir que no pactaría con el enemigo?

—Ignoro si el coronel Stiller empeñaría su palabra...

El fiscal se apresuró a intervenir, repitiendo:

—Dijo que no pactaría con ellos. ¿Sí o no?

—Bueno...

—¡Conteste!

—Sí, eso dijo, y estoy seguro de su sinceridad. El coronel Stiller es un ejemplo de honradez...

—Las opiniones particulares del testigo no importan a este tribunal —le cortó, en esta ocasión, el mismo presidente.

El fiscal, con una sonrisita de triunfo, expuso:

—No más preguntas.

—¿Desea interrogar la defensa?

—No, señor.

—Este tribunal se retira durante una hora para dar tiempo al fiscal y a la defensa para preparar sus conclusiones.

El presidente se levantó, al igual que los componentes del tribunal, y abandonaron la sala.

Dos centinelas custodiaban al coronel hasta su aposento, donde le dejaron confinado.

* * *

Al quedar solo, Albert Stiller se dirigió a su lecho, y se tumbó.

Tenía la impresión de que ya estaba condenado de antemano, y el fiscal no desperdiciaría la ocasión que se le presentaba para arruinar su carrera.

La verdad era que los hechos le hacían aparecer como culpable, y no cabía defensa alguna para rebatirlos.

La hora del plazo concedido a ambas partes, transcurrió como un soplo, y de nuevo se hallaba ante el tribunal constituido.

El presidente concedió la palabra al fiscal:

—Señores, nos hallamos ante un evidente caso de abuso de autoridad, alta traición y asociación con el enemigo, que baso en lo siguiente:

«Primero, el coronel Stiller comete la negligencia de rehusar el cumplimiento de un servicio.

«¿Y saben por qué? El haberlo admitido desbarataba sus planes preconcebidos, de colaboración con el enemigo.

»Apoyo mi tesis en los siguientes hechos:

—«Primero: Cita el capitán Cohen que el punto cero es imposible de localizar, cuando contamos con medios suficientes para descubrirlo.

«Segundo: Remacha su actitud de no intervenir en el asunto para no perjudicar a sus asociados, citando las palabras: "Tan difícil como hallar una aguja en un pajar."

«Para un coronel no existe la palabra imposible. Pero..., ¡ah!, de haber cumplido con el deber, sus planes se hubieran desbaratado y, con ello, sus ambiciones.

«Tercero: A la pregunta del capitán Cohen sobre lo qué pensaba hacer, le contestó que era problema suyo...

«¡Naturalmente! Problema que hubiera resuelto a su satisfacción, de no llegar a nuestro conocimiento la entrega de documentos, y que se había doblegado a sus exigencias.

«Cuarto: Al comandante médico le confiesa que no cederá a sus pretensiones, para luego... aceptarlas en su totalidad, como queda reflejado en la prueba adjunta.

«Señores del tribunal, he aquí mi primer fundamento: Ha cometido un delito de abuso de autoridad. ¿Quién es un coronel para disponer y pactar un acuerdo, sin la autorización correspondiente?

La actitud de los componentes del tribunal, le confirmó a Albert su sospecha de que ya estaba sentenciado de antemano.

Pudo observar que entre ellos se miraron, y aprobaban las palabras del furibundo fiscal.

Un gran desprecio le invadió hacia aquellos seres que se habían erigido en sus jueces, y tomó una determinación.

El fiscal continuó con sus envenenadas palabras:

—Pasemos al segundo fundamento: Alta traición...

»El coronel Albert Stiller, con menosprecio a la más ínfima ética militar, no duda, por un momento, en entregar al enemigo los planos secretos de nuestras astronaves, que constituyen el puntal más firme de nuestras defensas.

»Ya no cito a cualquier jefe u oficial, sino un simple soldado sería

incapaz de incurrir en una falta de tal gravedad.

»En cuanto al tercer fundamento, es consecuente de los dos anteriores.

»El coronel Albert Stiller se ha vendido y asociado con el enemigo, como prueba la cantidad ingresada en su cuenta, y que figura como prueba testifical en el sumario.

»En consecuencia: Este ministerio fiscal solicita la degradación del encartado, Albert Stiller, por el delito que se le imputa de abuso de autoridad, con detrimento de la Humanidad entera, y la pena de muerte por alta traición y asociación con el enemigo.

Al concluir toda la perorata de acusaciones expuestas por el fiscal, desde el presidente, al último componente del tribunal, Albert pudo notar una unánime inclinación a las teorías de su acusador.

Comprendió que cuantas razones pudiera exponer, no le servirían de nada.

De todo cuanto manifestó el fiscal, astutamente silenciado por éste en las declaraciones previas, fue lo que más le extrañó el que los llamados «Libertadores del Espacio» hicieran llegar a manos del Alto mando el mensaje firmado por él accediendo a sus deseos, así como los planos de las astronaves.

¿Con qué finalidad...? La cosa se le presentó clara. Querían mantenerle bien atado, asegurarse de que no podría desbaratar sus planes. En una palabra, tenerle a su merced, y sin posibilidad de escape.

Se dijo, para sí, que si era esto lo que pretendían no sería él quien desbaratara su proyecto.

El presidente del tribunal, de un modo un tanto despectivo, anunció:

—La defensa puede exponer sus conclusiones. El coronel Albert Stiller se levantó lentamente sin preámbulos, con sencillez, comenzó:

— Referente al cargo de negligencia, es potestativo de un oficial el admitir o rechazar una comisión de servicio, siempre y cuando no sea una orden taxativa En el caso presente, fue un ruego.

»El abuso de autoridad lo rechazo de plano, puesto que, como jefe de una Base, estoy facultado para admitir o denegar una propuesta.

»En cuanto al delito de alta traición... ¿No se ha parado el señor fiscal a pensar que las apariencias pueden ser erróneas?

»Mi proceder, en este punto, únicamente ha sido guiado para evitar males mayores, que no me cabe la menor duda que se hubieran producido.

»Y por último, si el ser atacado en mi alojamiento si el contemplar la destrucción de aeronaves, si estar expuesto a los ataques de los que se denominan "Libertadores del Espacio", si existe una cantidad ingresada en mi cuenta, cuya primera noticia me ha sido dada por el fiscal; si todo ello puede calificarse de asociación con el enemigo, sólo puede salir de una mente infantil tal aseveración.

El fiscal se puso lívido de ira, pero no tuvo más remedio que callarse, puesto que no estaba en el uso de la palabra.

Albert Stiller, mirando con arrogancia a los componentes del tribunal, concluyó:

—La defensa ha terminado.

Salvo el fiscal, todos se quedaron un tanto extrañados. Esperaban que Albert pusiera más empeño en defenderse, aunque tenían que reconocer que lo poco que había dicho no tenía desperdicio.

El presidente del tribunal tomó la palabra:

—Oídas ambas partes, este tribunal dictará sentencia, que le será notificada al encartado, el cual permanecerá bajo vigilancia. El tribunal se retira a deliberar.

El coronel Albert Stiller se quedó en la sala, con los centinelas, a la espera de lo que dictaminaran.

Al cabo de media hora escasa, aparecieron de nuevo, y el presidente, tras carraspear dos o tres veces, ordenó:

—Que el acusado se ponga de pie.

Albert se levantó, y estoicamente se preparó a oír lo que habían decidido.

—Este tribunal condena a Albert Stiller a la pérdida de su grado de coronel, inhabilitación militar y civil, y confinación a perpetuidad en el penal de Leopse. Así se dicta sentencia por el delito de alta traición.

Albert estaba preparado a todo, así que no le vino de nuevo la condena anunciada.

Para sí, se dijo que aquello no podía quedar así, y sus esfuerzos se centrarían en demostrar a aquel tribunal su equivocación, al juzgarle.

Todos pudieron darse cuenta de la serenidad con que acogió el veredicto y, más tarde, el mismo Wilfford comentó con los demás componentes:

—O Albert Stiller es un cínico o me da la impresión que algo se ha escapado a nuestro conocimiento, y hemos juzgado a un inocente.

CAPITULO V

Por mucha entereza que tuviera, Albert sintió una punzada en el corazón, cuando se efectuó su degradación ante la guarnición de la Base que estuvo bajo su mando.

Tanto el capitán Bill Cohen, como el comandante médico Ralph Dunn, y a la mayoría de los que fueran sus subordinados, les afectó en gran manera el acto.

Antes de partir hacia el penal de Leopse, en consideración a lo que había sido, le permitieron ocupar su alojamiento y recibir visitas.

Nada más entrar, abatido por la tensión pasada, todavía pudo apercibirse de una nota que ocupaba el mismo lugar en que fue depositado el mensaje.

Cuando quedó solo, la cogió y leyó:

«Coronel, no te aflijas por lo sucedido. Sabemos corresponder a nuestros amigos, y pronto estarás con nosotros.

»Los Libertadores del Espacio. «

Albert esbozó una amarga sonrisa para luego romper la notificación en mil pedazos.

El comandante médico fue el primero en visitarle y sus palabras fueron:

—Albert, esto es un atropello sin límites.

—Los hechos me condenan, y hay que rendirse a la evidencia, Ralph.

Tras leer la nota, Albert casi se alegró de lo sucedido. Estaba seguro de que este incidente le llevaría a lo que se había propuesto descubrir.

Por lo tanto, no le interesaba que los demás creyeran en su

inocencia, si no más bien en su culpabilidad.

—Pero... ¿no me dijiste que rechazarías sus proposiciones?

—En efecto, pero lo pensé mejor, y las acepté.

—De todos modos. Albert, no puedo creerlo de ninguna de las maneras. Tú has planeado algo, que no alcanzo a comprender.

—La buena amistad mantenida entre ambos, te hace ver cosas que están lejos de la realidad. De todos modos, agradezco mucho tus palabras.

—Deja de decir florituras. ¿Es que no te das cuenta de la situación?

—Claro que me doy cuenta, mas no se puede hacer nada.

—¿Cómo que no se puede hacer? Recurre a la revisión de la causa, pero, en esta ocasión, con un buen abogado defensor. No vuelvas a caer en el absurdo de defenderte tú mismo.

—Lo pensaré.

—¿Qué tienes que pensar, majadero? Me exasperas, Albert. Estoy por decir que has sufrido un trauma mental... ¡Eso es! Recurriré ante los tribunales, alegando un trastorno mental, y eso puedo hacerlo como médico de cabecera.

—Tú no harás nada.

—¿Que no lo haré...? Mira, voy a hacer uso de todas mis amistades, que ya sabes son de peso, y conseguiré se convoque un tribunal médico para tu reconocimiento. Estoy seguro de que no estás en tus cabales.

—Desgraciadamente, te equivocas, y si consigues tus propósitos, ten la seguridad de que haré los posibles para dejarte en ridículo.

—No te saldrás con la tuya. ¡Lo haré!

Albert sabía que Ralph era muy cabezota y, cuando se proponía algo, aunque se estrellara, proseguía en su camino.

Trató de apaciguarle:

—Bueno, concédeme unos días, y pensaré en el recurso.

—¡Ca, hombre! Te conozco bien, y sé que no lo harás; por lo que

sea, pero no lo harás. , Ante la eventualidad de echarle a perder sus planes, Albert se vio obligado a insinuarle:

—¿Y si yo te dijera que me interesa esta situación?

Ralph Dunn, tanto como tenía de cabezota poseía otro tanto de inteligencia.

Su rostro se iluminó, y exclamó:

—¡Oh, Albert! Me quitas un gran peso de encima. Ya sabía yo que tenías tus planes.

—Pero esto que quede únicamente entre nosotros. ¿Entendido?

—Siempre y cuando me prometas que harás los posibles para conseguir tu rehabilitación.

—Prometido.

—Así, quedo completamente tranquilo, y no te pregunto sobre lo que piensas hacer porque no me lo dirás.

—Exacto, estás en lo cierto.

Otra visita interrumpió la conversación de ambos, la del capitán Bill Cohen.

Este apareció, contrito, y balbuceó:

—Siento mucho, coronel...

—Nada de sentimientos, Bill. Has cumplido con tu deber.

—Pero presiento que mis declaraciones le han perjudicado mucho.

—En absoluto. Es la madeja de los hechos la que ha quedado muy enredada para mí.

—Coronel, los muchachos me han dicho, y en ellos me incluyo yo, que estamos dispuestos a cualquier cosa para librarle de esta afrenta.

—Agradezco, de corazón, vuestro ofrecimiento, pero nada se puede hacer, ante una sentencia dictada por un alto tribunal.

El capitán Bill Cohen era muy joven y, por su inteligencia y arrojo, se ganó el puesto de ayudante del coronel.

Estaba sinceramente afectado, y Albert le animó

—Queda tranquilo por tu intervención como testigo. Te has portado como esperaba de ti. En ocasiones aunque nos duela, el manifestar la verdad es síntoma de hombre de bien y, con ella, puede ir a todas partes.

—Gracias, coronel, por sus palabras.

Al comandante médico se le escapó:

—Bueno, por lo menos, esta noche podré dormir tranquilo, que buena falta me hace.

Bill le miró, casi con reproche. Le recriminó:

—Sabía que la amistad es un precioso don, pero en ti, doctor, compruebo que lo ignoras.

—Mira, hijo, a veces, los vicios pueden más que la virtudes, y a mí, si me quitan el sueño, estoy desequilibrado. Así que considera mis palabras como consecuentes de mi estado patológico.

Albert dio un respiro de alivio, y miró al doctor como reprochándole su comentario, y casi arrepentido de insinuarle que había hecho sus planes.

El doctor le devolvió la mirada, como pidiéndole disculpas de estar a punto de echar a perder su confianza.

El ex coronel intervino, más bien para desviar la atención del capitán:

—Bill, ya sabes que el «doc», sin sueño, es un enfermo desquiciado. Así que procura enterarte de si ha dormido su tiempo suficiente, antes de que tengas que ponerte en sus manos. Acuérdate del «teniente cataplasma». No vaya a hacerte cualquier barrabasada.

Cuando se disolvió la reunión, Bill, una vez en su alojamiento, reparó que, salvo los primeros momentos, la conversación se desarrolló normalmente, incluso gastándose bromas, como si no hubiera sucedido nada de particular.

* * *

A altas horas de la madrugada, un oficial, desconocido para

Albert, penetró en su aposento.

Tras encender las luces, se fue directamente al lecho del ex coronel, y apoyó, a la altura de su corazón, los dedos índice, anular y corazón.

Albert sabía lo que aquello significaba. El oficial, con graduación de comandante, era miembro de la Organización presidido por el comandante general Sam Harwey.

Era la consigna secreta para identificarse, en casos extremos.

—Coronel, el «vejete Sam» está al corriente de tus tribulaciones, y me manda que te lleve con él, si tú no ordenas lo contrario.

Albert casi estuvo a punto de soltar la carcajada, por la suspicacia del máximo dirigente de aquella Organización secreta.

Aún con todo, preguntó:

—¿Y cómo sabe el «vejete» que yo puedo ordenar lo contrario?

—¡Ah! Eso él lo sabrá, y tú, por descontado.

—Por supuesto. Es un viejo zorro, nuestro jefe, a quien no se le escapa nada.

Otro de los principios que regía en la Organización era el no preguntar; limitarse al cumplimiento de las órdenes recibidas.

Por eso, el comandante manifestó:

—Espero tu decisión.

—Le comunicas al «vejete Sam» que agradezco mucho su interés por mí, pero es conveniente que no intervenga. Si me es factible, ya recibirá noticias mías.

—De acuerdo. Así se hará.

—Una pregunta. ¿Eres el encargado de trasladarme al penal Leopse?

—En efecto. Es mi cometido oficial.

—Pues vas a dar cumplimiento a tu misión a la perfección, salvo que es muy posible que surja alguna dificultad.

—Haré frente a ella.

—Precisamente, deseo que sea todo lo contrario. Tienes que simular que «ellos» pueden salirse con su propósitos, y concederles cierto margen de libertad de acción.

—De acuerdo, así se hará —repitió el comandante

—Puede que esto te acarree alguna complicación.

—No importa, ya me las arreglaré para salir de ella. Un encargo del «vejete Sam» es el que te comunique que los documentos han volado. Nadie salió con ellos

Albert se quedó un momento pensativo, para manifestar a continuación:

—Lo imaginaba. ¿Cuándo nos vamos?

—Ahora mismo. El Alto Mando teme disturbios en tu Base, si te ven partir a la luz del día.

—Mejor que sea así. Lo sentiría por mis muchachos.

El coronel se dispuso a recoger sus efectos personales, y ambos salieron de su alojamiento.

En la puerta, aparte de los centinelas, esperaban cuatro soldados más, la escolta que, junto con el comandante, debía trasladarle al penal Leopse.

Abandonaron el edificio principal, y atravesaron la explanada hasta llegar a un vehículo aéreo, ya a punto de despegar.

Sólo unos pocos, los que estaban de guardia, se enteraron del traslado del que fue su coronel jefe, camino del penal, donde sería confinado a perpetuidad.

Incluso sus íntimos, el comandante médico y el capitán ayudante, en aquellos instantes dormían plácidamente, ignorando lo que estaba sucediendo.

Cuando estuvieron a bordo, e instalados en sus respectivos asientos, el piloto comandante solicitó permiso para despegar, efectuándolo por las comunicaciones interiores.

A Albert y al comandante de escolta les extrañó esto, cuando lo normal era que entre ellos fuera, en persona, el jefe de pilotos a solicitar el permiso.

Pero ante la advertencia que le hizo el coronel al que mandaba su

escolta, aun intuyendo que sucedía algo anormal, nada hizo por averiguarlo, y contestó, por mediación del micrófono:

—Pueden iniciar el vuelo.

—A la orden.

Se notó una ligera trepidación en el vehículo, como consecuencia de acelerar los motores, y suavemente, fue tomando altura verticalmente, para, momentos después, fijar rumbo hacia donde estaba emplazado el penal.

El vuelo se deslizaba sin que se presentara ningún incidente, y el coronel y el comandante de su escolta departían amigablemente.

Estarían a mitad de camino cuando fueron sorprendidos gratamente por una azafata, con una bandeja de servicio, en la que llevaba media docena de vasos, conteniendo jugo de frutas.

La muchacha era rubia, de ojos azules, con un uniforme muy coquetón y llamativo, perteneciente al cuerpo auxiliar de las fuerzas aéreas.

Esto, en sí, no tenía la menor importancia; solían establecerse dichos servicios de muchachas, cuando los vuelos eran de considerable distancia.

Sonriente, se aproximó adonde estaban sentados el ex coronel y el jefe de su escolta.

Presionó un resorte, y emergió un tablero que hacía las funciones de mesita.

Depositó en ella sendos vasos, a tiempo que decía sin perder su sonrisa:

—Tómense esto, que les confortará.

—¡Muchas gracias —contestaron, casi al unísono. Luego, se fue a servir al resto de la escolta. Todo hubiera salido a la perfección, a no ser por que el coronel se fijó en dos detalles muy significativos.

Al inclinarse la muchacha para servirles, el cuello de su blusa camisera era un tanto holgado, y pudo des cubrir un collar que circundaba su garganta.

Acto seguido, al incorporarse la joven, se fijó en el cinturón que llevaba, y todo ello presentaba una copia exacta con el collar y hebilla

de las dos desgraciadas muchachas que le llevaron el mensaje.

El comandante iba a sorber el líquido, y Albert, simulando un movimiento torpe, lo derramó, en parte, en cima de la mesita.

—¡Oh, perdona...! No me había dado cuenta...

El comandante sospechó que aquello constituía una advertencia, y dejó el vaso donde estaba en principio.

Menos mal que la azafata, en aquellos momentos terminaba de abandonar la cabina, destinada a los pasajeros.

Albert le dijo, en voz baja:

—Si quieres saber lo que va a pasar, no ingieras ese brebaje.

—¿Quieres decir que contiene narcótico?

—Al menos, lo sospecho. Lo que sí puedo asegurarte es que estamos en manos de «ellos».

—¿Qué dices...? No me he dado cuenta de nada.

—Yo, sí. Echemos el líquido en las bolsas vertedero.

No tuvieron tiempo a realizar sus propósitos, puesto que la azafata apareció de nuevo y, al darse cuenta del líquido derramado, se apresuró a limpiarlo, diciendo, muy amable:

—Ahora les serviré más.

—¡Oh, no se moleste! La verdad es que no me apetece mucho.

—Debe de tomarlo, comandante. Le hará mucho bien.

Y sin más, se fue hacia los servicios de cocina.

CAPITULO VI

No tuvieron más remedio que esperar a que la azafata volviera y, cuando ésta le sirvió al comandante la cantidad derramada, se alejó de nuevo.

Ambos hicieron como que bebían, cuando la realidad fue que no probaron ni una sola gota de aquel líquido, y, posteriormente, vaciaron su contenido en las bolsas vertedero.

Albert observó a los muchachos de la escolta, y comprobó que estuvo acertado en su sospecha. Estos comenzaban a dar cabezadas, rendidos por el sueño.

El coronel le dio unos golpecitos al comandante con el codo para que se fijara en lo que les estaba sucediendo a sus subordinados.

Con disimulo, miró y, en voz baja, dijo:

—Estabas en lo cierto. Ahora, tendremos que empezar «a dormir» nosotros. ¿No es así?

—Exacto. Eso quería decirte.

Y comenzaron a dar síntomas de somnolencia hasta quedar, aparentemente, dormidos.

En aquellos momentos, sobrevolaban el océano, y notaron que una oscuridad ensombrecía sus párpados.

No podía tratarse de nubes, puesto que éstas quedaban muy por bajo de su altura de vuelo.

Albert y el comandante entreabrieron los párpados, y descubrieron la causa de aquella sombra. Sobre ellos volaba, a la misma velocidad que el vehículo que les transportaba, una plataforma, de grandes dimensiones.

Momentos después, pudieron notar que perdían velocidad, y que iban aproximándose a la base de la plataforma.

Albert Stiller comprendió que eran transbordados a la misma, y vio que, a través de una gran compuerta les albergaban en su interior.

Más tarde oyeron voces, a tiempo que quedaban inmovilizados.

La cabina de pasajeros fue invadida por varias muchachas, unas rubias y otras morenas, e igualmente vestidas como las que vio en su alojamiento.

La que actuó de azafata, todavía vestida con el uniforme del cuerpo auxiliar femenino, parecía ser quien mandaba sobre las demás.

—¡Atención, Bredas y Celas...! Traslada a los pilotos, a una muchacha que está con ellos, al comandante y a esos cuatro, al departamento de retención. Del coronel, ya me encargaré yo.

Las muchachas, por parejas, y provistas de sendas camillas, procedieron a cumplir lo ordenado por aquella que les habló.

Al ex coronel le llamaron la atención dos circunstancias: la particularidad de plurarizar los nombres propios de Breda y Cella, que, como él recordaba de las que le visitaron, Breda era rubia y Cella, morena.

Todas aquellas muchachas, indefectiblemente, eran rubias o morenas, sin existir un término medio.

La segunda circunstancia fue el nombrar, por la que iba vestida de azafata, a una muchacha que estaba con los pilotos.

Sin lugar a dudas, pensó que aquella sería la auténtica azafata y, cuando vio que la transportaban, inconsciente, en una camilla, llamó extraordinariamente su atención la extraordinaria belleza de la joven, en cuyas facciones existía una mezcla de niña y mujer, sumida en la placidez de los sueños.

También pudo comprobar, una vez más, la fuerza extraordinaria que tenían aquellas chicas. Manejaban a los de la escolta del comandante como si fueran verdaderos muñecos.

La que hacía de jefa ordenó a dos, que regresaban con la camilla vacía:

—¡Eh, vosotras! Traslada al coronel.

Obedecieron la indicación, y Albert se sintió izado para ser depositado posteriormente en la camilla.

Una vez en la plataforma, fue introducido en un ascensor, quedando a solas con la jefa.

A poco, éste paró, y ella misma empujó la camilla con ruedas, introduciéndole en un compartimento, a tiempo que decía a un nuevo

personaje que había allí:

—Aquí le tenemos.

—Buen trabajo, Asil. Con el coronel en nuestras manos, seremos invencibles.

—¿Qué determinas con los demás?

—Arrojadlos al océano. No creo que puedan servirnos de mucho.

—Creo que podríamos conservarlos.

—¿Para qué...? No les tenemos atrapados como al coronel, y por tanto, desconfío de ellos.

—De todos modos...

—Tu debilidad nos puede acarrear complicaciones. ¡Que los arrojen! Y no me hables más del asunto. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Y la chica?

—También. Ya tenemos bastantes.

Albert apenas si pudo ver las facciones de aquel individuo, pues sentía sobre él la mirada de ambos dialogantes.

Se apercibió de unos pasos, y oyó que la chica decía :

—Es una lástima sacrificarlos, pero él lo ha ordenado así, y hay que cumplirlo.

Luego se aproximó al coronel, y le estuvo contemplando a sus anchas, para después inclinarse y besar sus labios, con marcada vehemencia.

Albert casi estuvo a punto de abrir los párpados, a causa de la sorpresa de aquel inesperado acto, pero tuvo que dominarse, aun a riesgo de perecer por asfixia, a causa del prolongado ósculo.

Pero la cosa se estaba poniendo grave. Ahora ya no se conformó con besarle, sino que se abrazó a él, dando rienda suelta a sus instintos temperamentales.

El coronel resistió estoicamente el ataque, poniendo a prueba su férrea fuerza de voluntad, y cuando Asil se convenció de sus inútiles esfuerzos, se separó, diciendo

—Eres un buen mozo, y, me gustas. Presiento que seremos buenos amigos, o al menos, haré todo lo posible para que así sea. Cuando estés consciente, estoy segura de que será otra cosa. Ahora me voy, cariño...

Nada más desaparecer ella, y tras comprobar que estaba solo en la estancia, Albert se levantó de su posición forzada, y se fue hacia la puerta.

La abrió con cautela, alcanzando a ver a su vehemente compañera cómo torcía hacia la derecha de un pasillo que se dividía en dos, y que partía de la puerta de donde él estaba.

Se propuso seguirla. Estaba seguro de que le conduciría a donde estaban los demás.

Nada más torcer, se encontró con unas escaleras. Decidido, descendió por ellas, desembocando en otro pasillo de considerable longitud, y con puertas á ambos lados.

De ella no quedaba ni rastro.

Por encima de todo tenía que dar con su paradero, y evitar, a costa de lo que fuere, el que se llevara a efecto la orden de aquel desalmado.

Puerta tras puerta fue escuchando, por si descubría la voz de ella, que era inconfundible, por su lentitud pegajosa.

Estaba en este menester cuando, de improviso, una puerta se abrió, y a sus espaldas, una voz femenina le preguntó :

—¿A quién buscas, buen mozo?

Se volvió. Era una rubia, una de las tantas Bredas que por allí abundaban, y vestida con su clásica indumentaria.

Sin titubear un momento, contestó:

—A la jefa.

—¡Oh, qué decepción...! Creía que era a mí. ¿No nos hemos visto antes?

—Puede ser. ¿Dónde está ella?

—¡Uf...! Parece que tienes mucha prisa... ¿Qué puede darte, que no pueda otorgarte yo?

—Estás en un error, muchacha. No es ése el camino.

—¿Que no...? ¡Si la conoceré bien...! Siempre los acapara y, cuando lo ha conseguido, quedan en el olvido.

—Déjate de divagaciones, y dime dónde está.

La tal Breda se fue aproximando y, de improviso, se abalanzó sobre él.

Por experiencia, el coronel sabía que no debía andarse en contemplaciones; de lo contrario, estaba perdido.

Le aplicó un golpe seco en el estómago y, de momento, la muchacha aflojó la presión de sus brazos, pero siguió luchando, con la pretensión de arrastrarle hacia la puerta por donde había aparecido.

Al instante, Albert comprendió que seguir manteniendo una lucha con aquella fierecilla en el mismo pasillo constituía un peligro para él.

Así que se dejó arrastrar, simulando fuerzas de flaqueza, ante la acción arrolladora de la joven, la cual, una vez ambos dentro del compartimento, y tras cerrar la puerta, se mostró más mimosa.

Pero el coronel no podía perder tiempo, si quería salvar a los demás, incluida la verdadera azafata, y le propuso:

—Dime dónde está la jefa, y te prometo volver. He de transmitirle una orden.

—No es verdad. Te quiere para ella.

—Eso depende, en parte, de mí. ¿No crees?

—Puede, pero lo que se propone, lo consigue.

—Quizá no se salga con sus propósitos, y seas tú la triunfadora.

—¿De veras?

—Tú dime dónde está, y puede que sea una realidad lo que te he dicho.

Albert comprendió, al instante, el antagonismo que imperaba entre ellas, adoleciendo del mismo instinto,

Luego de dudarle un momento, manifestó:

—Está en la última puerta de la derecha, con los prisioneros. Te esperaré con impaciencia...

El coronel Stiller no esperó a oír más, y ya daba media vuelta cuando ella, al decir la palabra prisioneros, recordó, y exclamó:

—¡Quieto! ¡Cela, a mí!

Una muchacha morena irrumpió en la estancia, cerrándole el paso.

La tal Breda incitó:

—¡A él, Cela! ¡Es uno de los prisioneros!

Ambas se lanzaron contra Albert, con un ímpetu arrollador.

Tenía que terminar con ellas por la vía rápida, antes de que cundiera la alarma, y se complicaran más las cosas.

El coronel no se anduvo con contemplaciones; sabía que con ellas no cabían concesiones a su sexo. Quien así lo considerara estaba más que perdido.

Por todo ello atacó y se defendió sin menospreciar a sus enemigas, aunque, eso sí, procurando dañarlas lo menos posible.

De todos modos, se las vio y deseó para terminar con aquel par de «gladiadores con faldas», pero al fin prevaleció su destreza y fortaleza.

Como ya sucediera en otra ocasión, aquella segunda versión de Breda y Cela quedaron sumidas en la inconsciencia.

No se entretuvo en dejarlas mejor o peor acomodadas. Con rapidez, encaminó sus pasos hacia la última puerta de aquel largo pasillo.

En esta ocasión iba sobre seguro, y no se tomó la molestia en llamar. Sabía positivamente que la sorpresa era un punto a su favor, y temía que su llegada fuera tardía.

Nada más abrir, oyó el fragor de lucha en un compartimento contiguo, cuya puerta permanecía abierta.

Se dirigió allí, y vio al comandante cómo se debatía con dos muchachas que, por no variar, una era rubia y la otra morena.

Estaba atravesando por una situación crítica, con el agravante de que, a sus espaldas, y en el suelo, se abría un hueco, a cuyo fondo se veía el océano.

El comandante no se había apercebido de ello, y la morena y la

rubia le acosaban, haciéndole retroceder hacia el vacío.

Allí se encontraba la «jefa», todavía con su uniforme de falsa azafata y, en sendas camillas, los cuatro hombres de escolta, los dos pilotos y la auténtica azafata. Todos ellos seguían inconscientes.

Además de las que luchaban con el comandante, habían otras Breda y Cela más.

Absortas todas ellas en el resultado de la lucha, que, sin lugar a dudas, presentaba un final a su favor, no se apercibieron de la presencia del coronel.

El comandante estaba a un pie de caer en el vacío, y una voz potente se dejó oír:

—¡Cuidado, comandante! ¡Salta al otro lado...!

El aludido se volvió fugazmente, y comprobando el peligro que se cernía sobre él, entonces hizo una flexión para esquivar el golpe de una de sus atacantes.

El amago fue fatal para la rubia que, al no encontrar dónde dar, por su propio impulso, cayó en el vacío donde pretendía lanzar a su oponente, y un grito desgarrador en un principio se fue desvaneciendo en intensidad, durante la caída.

Tras la flexión, el comandante tomó impulso y, dando una voltereta a la inversa en el aire fue a parar a la otra parte de la trampilla.

La morena, pareja de la que atacaba, pretendió sujetar a su compañera de lucha y, en su empeño, perdió el equilibrio, y desapareció por el espacio que quedaba abierto.

Así, la «jefa», y las otras Breda y Cela, se volvieron para mirar, atónitas, al intruso.

La primera reaccionó en seguida, ordenando a sus subordinadas:

—¡Arrojad a la chica!

De un salto, el coronel se colocó ante la camilla donde yacía la verdadera azafata, dispuesto a desbaratar sus propósitos, a tiempo que decía:

—¡Comandante, cierra la trampilla y la puerta! ¡Acciona la palanca de tu derecha!

Al primer golpe de vista, el coronel se dio cuenta de su existencia y, por ello, se lo pudo indicar al comandante, que respiraba fatigosamente, reponiéndose de su esfuerzo.

—Sí, coronel —le respondió éste, poniéndose en acción.

Asil, la «jefa», sin poder contener su ira, gritó:

—¡A ellos!

El coronel se bastó para hacer frente a las tres, mientras que el comandante cumplía lo ordenado.

Todos estos acontecimientos se desarrollaron con la velocidad del rayo y, al final, la «jefa» y ambas adictas a ésta, quedaron sin sentido, gracias a la presión ejercida por el coronel, en ciertos puntos neurálgicos.

CAPITULO VII

El nuevo jefe de la Base Solaes, comunicó al que fue capitán ayudante del ex coronel, Bill Cohen, lo siguiente:

—Capitán, he recibido un despacho, por el que se me ordena la búsqueda del vehículo espacial que trasladaba a su ex coronel.

»Se ha perdido contacto de ellos, cuando sobrevolaban el océano número uno, punto veintitrés. Salga con un escuadrón, e inspeccione la zona, ante la eventualidad de que haya algún superviviente.

—A la orden, señor.

Bill no exteriorizó el impacto que le había producido la noticia y se dispuso a dar cumplimiento a lo ordenado, cuando se cruzó con el comandante médico, Ralph Dunn.

Al ver la cara de preocupación del capitán, quiso saber:

—¿Qué te pasa, Bill?

—A mí nada, pero se supone que el coronel, la tripulación y su escolta, han desaparecido en el océano.

— ¡Válgame el cielo...! ¡Pobre Albert...! —y luego, en transición, repuso—. Aunque, pensándolo bien, no sé lo que era mejor si llegar a su destino y permanecer confinado a perpetuidad o quedar liberado del infierno que le esperaba.

—De todos modos, no deja de constituir una noticia desagradable.

—Sin lugar a dudas. Wilfford habrá quedado satisfecho de su labor. Primero le someten a juicio del que sale sentenciado; luego se lo llevan en secreto sin permitirnos despedirnos de Albert y por último desaparece en el océano...

Bill replicó:

—El mismo jefe del Alto Mando, Wilfford, ha ordenado su búsqueda y el jefe de la Base me ha encomendado la misión.

—Claro, Wilfford quiere asegurarse de si vive Albert para ponerlo a buen recaudo. Hay hechos en esta vida que no logro entender por mucho que me estruje la mollera. Mira...

—Perdona, Ralph, tengo que partir. Supón por un momento que aún queda alguien con vida. Cada minuto que pasa puede ser precioso.

—Tienes razón. No te entretengo más.

No se supo cómo, pero la noticia se filtró entre el personal de la Base Solaes y entre ellos imperaba gran consternación e indignación a la vez, ya que desde un principio juzgaron una injusticia el acusar a su coronel de unos hechos que, estaban seguros, no había cometido en el sentido que lo enfocó el tribunal.

Como quiera que el capitán Bill Cohen partió al frente del escuadrón anfibio y sabiendo que el comandante médico era íntimo amigo de Albert, una representación del personal fue a hablar con él.

—Señor, en nombre de nuestros compañeros, venimos a exponerle nuestra más enérgica protesta por la actuación del tribunal contra nuestro coronel y estamos dispuestos a patentizar nuestro desagrado. Si nuestro coronel ha desaparecido, nos sublevaremos.

Aunque en el fondo le complació la reacción de los muchachos, la sensatez se impuso en el comandante, diciéndoles :

—Mirad: con actos de indisciplina no se consigue nada bueno; al contrario, se agrava más la cuestión.

—Es que no estamos dispuestos a tolerar este atropello...

—Escuchadme, y refrenad vuestros impulsos. Estoy seguro de que el coronel Albert Stiller, aun cuando fueran de su agrado vuestras intenciones, las censuraría por ir contra las reglas disciplinarias.

—Con el mayor respeto, señor, esos principios los ha vulnerado el propio tribunal al condenarle y trasladarle como a un vulgar criminal —le expuso otro de los comisionados.

—Aunque así sea. Si el coronel vive, estoy seguro, de que no permanecerá inactivo para esclarecer los hechos. Y si sucede lo peor..., yo os prometo que removeré cielos y tierra para que su memoria quede limpia de la mancha que sobre él han derramado.

Al comandante médico todavía le costó esgrimir más argumentos para hacerles desistir de sus propósitos y por fin quedaron convencidos para que permanecieran quietos.

Entretanto, el capitán Bill Cohen con su escuadrón de anfibios, inspeccionaba el lugar señalado como punto veintisiete sin hallar

ningún vestigio de aeronave naufragada.

Ya iba a dar por terminada la frustrada esperanza de búsqueda, cuando Bill vio a uno de sus anfibios que se posaba sobre las aguas.

Descendió con su vehículo y amerizó á su lado, al tiempo que podía contemplar cómo izaban el cuerpo de una mujer de cabellos rubios.

Le llamó la atención su indumentaria y miró la lista de pasajeros que trasladaban al coronel. En ella figuraba una azafata.

—Capitán, está muerta —comunicó el teniente piloto.

—Lo siento. Prolonguemos la búsqueda.

Esta circunstancia abrió nuevas esperanzas en el escuadrón ante la posibilidad de hallar a alguien vivo.

Más tarde tuvieron que convencerse de la inutilidad de su trabajo y el capitán, desalentado, ordenó:

—¡Atención a todo el escuadrón! Rumbo a la Base. Se da por terminada la misión rescate.

Volaban en formación y ya próximos a la Base, se produjo una explosión en uno de los anfibios que componían la expedición.

Se trataba del anfibio que tripulaba el teniente y que transportaba el cuerpo de la mujer que recogió en el océano.

El aparato estalló en pleno vuelo.

Bill Cohen, al llegar a la Base, dio cuenta de lo sucedido al jefe de la misma.

—¿Y no han podido hallar algún resto, cualquier indicio de naufragio, capitán?

—Nada, señor.

—Entonces..., ¿cómo se explica la existencia del cadáver de la mujer?

—Lo ignoro.

—En cuanto a la explosión a bordo del anfibio del teniente Stewart, ¿qué causas la originaron?

—No lo sé, señor. A deficiencias mecánicas no se puede achacar,

puesto que todo está a punto al emprender cualquier vuelo y por nuestro alrededor no se divisó aeronave extraña. Así que únicamente se puede atribuir a un acto de sabotaje.

—¿Sabotaje...? ¿De quién?

—Podría tratarse muy bien de los llamados «Libertadores del Espacio».

Al mencionar a estos sujetos, al capitán Cohen si le ocurrió una idea, que expuso a continuación :

—Señor, creo que he dado con la causa de la explosión.

—¿Cuál?

—El cadáver de la mujer.

—Capitán, usted está delirando.

—Señor, la explosión que causó deterioros en el edificio del hospital de la Base, fue a causa de dos cadáveres de mujer.

—No me haga reír, capitán. Ni que fueran bomba con espoleta retardada.

—Si me permite, voy a llamar al comandante médico Ralph Dunn, quien le podrá informar detalladamente El comandante y el coronel Albert Stiller fueron los únicos testigos de un hecho similar.

—Querrá decir el ex coronel Stiller, ¿no, capitán?

—No puedo acostumbrarme a ello. Para mí, siempre será coronel.

—Contra lo dispuesto por la justicia no se puede ir.

—O la injusticia, señor.

—¡Capitán! ¿Debo interpretar sus palabras como un acto de insubordinación hacia los componentes de un alto tribunal que han dictado una sentencia?

—Los componentes del tribunal son seres humanos como tales, expuestos a sufrir errores.

—Las pruebas han sido contundentes y todavía ha sido magnánimo el tribunal. Un traidor no merece la vida.

El capitán iba a replicar, pero al comprobar el manifiesto antagonismo de su jefe actual hacia Albert, dominó sus impulsos y

solicitó permiso para retirarse.

El coronel se lo concedió, sin acordarse ya de avisar al comandante médico para que le aclarara lo de las explosiones.

Pero Bill sí que fue en su busca para contarle el altercado que había tenido con el que allí mandaba y desahogar de este modo todo cuanto allí tuvo que callarse.

Ralph sólo dijo:

—No me extraña cuanto me explicas. Desde el primer momento que le vi no me cayó bien y cuando esto me sucede, más tarde o temprano, surge el motivo que justifica mi impresión. ¿Habéis encontrado algo?

—De eso quería hablarte.

Le relató los hechos y el resultado infructuoso de la búsqueda.

—¿Te fijaste cómo iba vestida la mujer que recogió el teniente Stewart?

—Pues no muy bien. La verdad es que estaba convertida en una piltrafa humana con la tela hecha jirones. Constituía un espectáculo poco agradable.

—¿Llevaba un ancho collar?

—Sí, de eso me di cuenta y de su cabellera rubia.

—¿Y un grueso cinturón con una hebilla grande?

—No podría asegurártelo, pero me parece que también lo llevaba.

—Pues..., por una parte lo siento por Stewart y por la otra me alegro por Albert.

—¿Qué juego de sentimientos tan opuestos son éstos?

—Bill, tengo la confianza, casi diría la seguridad de que nuestro común amigo Albert está con vida.

—¿En qué te basas para tal aseveración?

—En la presencia del cadáver explosivo.

—¿Y qué relación puede tener con el coronel?

—Mucha. Mira..., habéis inspeccionado la zona de desaparición

sin encontrar ni rastro de aparato; solamente el cadáver de esa desdichada. ¿No te dice nada esto?

—¡Ya caigo...! La intervención de «Los Libertadores del Espacio».

—¡Exacto! Eres una lumbrera, Bill. Por lo tanto, tenemos una evidencia muy valiosa, el cadáver de la mujer perteneciente a esa banda. Luego, sospecho que ha habido lucha y según me dijo Albert, esas chicas están dotadas de una fuerza insospechada, como el mejor de los luchadores.

—Bien, pero..., ¿y Albert?

—Seguramente le han capturado con el resto de la tripulación y escolta, puesto que es significativo que no hayas encontrado ningún cadáver más.

—Desde luego. El rastreador submarino no ha denunciado presencia de aparato alguno que se albergara en el fondo.

—Lo que te confirma mi teoría. Y si Albert está vivo, estoy seguro de que volverá.

—¡Cuánto me alegraría que esto fuera una realidad...! Nuestro jefe actual se quedaría con un palmo de narices. ¡El muy petulante...!

—Refrena tu lengua, muchacho. Al fin y al cabo, por ahora, es tu superior y no debes faltarle al respeto. De todos modos no comentes con él cuanto hemos hablado.

—Descuida. ¡El muy majadero...! De dar con Albert sería capaz de ejecutarle.

—Si Albert se lo consentía —apostilló el doctor— Por cierto, ¿sabes que los muchachos de la Base comparten nuestro parecer y estaban dispuestos a un motín?

—¿Sí...?

—Como lo oyes. He tenido que esforzarme para hacerles desistir y les he prometido que de no poderlo hacer el propio Albert, reinvidicaré su memoria.

—¡Muy bien hecho, Ralph, y para ello puedes contar conmigo.

El comandante médico le dijo en broma:

—¡Uf...! La verdad es que no tengo mucha confianza contigo puesto que fuiste un testigo de cargo y tus declaraciones pesaron

mucho en la condena del coronel.

Pero Bill lo tomó muy en serio, contestando compungido :

—Y bastante lo siento. No sabía adonde iría a parar el cretino del fiscal.

—Anda, hombre, no te pongas serio. Claro que cuento contigo, pero será mejor que no tengamos que ocuparnos de ello. Quiero decir que sea el propio Albert quien lo solucione.

—Desde luego, esto sería lo ideal.

—Y ahora, Bill, vete a descansar que como tú estás fatigado y a mí me ha entrado un sueño que no me puedo aguantar de pie... — concluyó el doctor con un prolongado bostezo.

Bill no pudo evitar una sonrisa y el manifestar:

—Ralph, me parece que tú ya naciste durmiendo.

—¡Puede que no te equivoques. Y buenas noches. Que durmamos a gusto.

Ante tal indirecta, el capitán Bill Cohen no tuvo más remedio que abandonar el aposento del doctor.

CAPITULO VIII

El coronel se ocupaba de reanimar a la bella y auténtica azafata y otro tanto hacía el comandante con uno de sus muchachos.

Mientras estaban en este menester, la «jefa» recobró el conocimiento y astutamente, con movimientos lentos, se iba desplazando hacia una de las paredes de la estancia.

Albert comprendió que nada conseguiría, diciéndole al comandante:

—Es inútil que te esfuerces. Hay que dejar pasar los efectos narcotizantes o aplicarles un antídoto, cosa que no tenemos.

—Sí, eso me parece, coronel. Y gracias por tu intervención tan oportuna. Esas chicas son unas verdaderas fieras y poseen una fuerza descomunal.

—Ya cuento con mi experiencia, comandante. Por eso he procurado ir por la vía rápida con ellas. No sé si te habrás dado cuenta, pero no he tenido contemplaciones.

—Sí, y de no haberlo comprobado te hubiera juzgado de brutal.

Albert, con una sonrisa suscitada por las últimas palabras del comandante, se volvió hacia las que había dejado fuera de combate.

Su sonrisa se extinguió al instante y dando un salto, todavía pudo atrapar a Asil que se escurría por una disimulada puerta.

La «jefa», al verse descubierta, se revolvió con ferocidad inusitada tratando de librarse de las garras del coronel.

Ambos rodaron por el suelo y tan pronto presentaba ventaja ella como el coronel.

El comandante, aun viéndolo, no podía concebir el ardor de lucha de aquella mujer y casi estuvo a punto de intervenir para salvar del apuro al coronel.

Pero acto seguido se convenció de la habilidad de éste.

En un movimiento rápido, Albert sujetó los brazos de la «jefa» tras su propia espalda y los presionó hacia las paletillas de forma progresiva.

Asil se encontraba de bruces, con el rostro ladeado materialmente pegado al suelo y con una mueca de dolor en sus facciones.

Albert le advirtió:

—Si no depones tu actitud, estoy dispuesto a descoyuntarle los brazos. Así que tú dirás.

Ella se resistió y trató de zafarse de la presa ejercida por el coronel.

Vano esfuerzo el suyo. Albert presionó más y un grito de dolor y rabia a la vez, se escapó de la garganta femenina, a tiempo que suplicaba:

—¡No, no más...! ¡Haré lo que quieras!

Albert la soltó y se incorporó, contemplando a Asil que yacía en el suelo y estaba efectuando un verdadero esfuerzo para volver los brazos a una posición normal.

El coronel, sin perderla de vista, le indicó humorísticamente al comandante:

—Hijo, te ha tocado la misión de portero. Cierra esa puerta disimulada y atráncala bien.

El aludido buscó algo por la estancia y una vez halló el objeto deseado fue a cerrar la puerta y utilizando lo que había cogido a modo de cuña, de forma que aunque pretendieran forzar la puerta desde el exterior, sería imposible que ésta cediera.

La «jefa», por fin, se levantó. Era rubia, pero no como las demás; su pelo era de un oro rancio. Sus facciones, quizá en su juventud fueran atractivas, pero ahora estaban ajadas por el inexorable curso del tiempo.

Sus ojos saltones expresaban en todo momento los sentimientos ruines que albergaba en su alma: soberbia, lujuria, odio, desprecio, engreimiento...

Su tipo era más bien rechoncho y sus piernas rayando la elefantiasis. Sus formas al margen de lo hombruno.

Miró a Albert de una manera despreciativa con un halo de triunfo a la vez, manifestando como quien tiene las riendas en su mano:

—Te va a pesar todo lo que has hecho, coronel. Eres un farsante

consumado.

El aludido compuso una expresión inocente y preguntó :

—¿Yo...? ¿Por qué?

—Ni tú, ni el comandante, estabais narcotizados.

Albert soltó una carcajada y exclamó:

—¡Ah...! ¿Qué esperabas? ¿Que picáramos en el anzuelo como inexpertos alevines?

—No cantes victoria, coronel. La alarma está dada y os tendréis que doblegar a nuestras imposiciones.

—Creo que tu posición no es muy triunfante para tratar de imposiciones. Te encuentras a nuestra merced. ¿O acaso olvidas la existente trampa por la que pretendíais arrojar al comandante y a los demás?

La indicación de Albert causó gran impacto en Asil, la cual se contrajo a causa del terror de verse lanzada al espacio.

El comandante permanecía callado y admiraba la serenidad del coronel, manteniendo su ventaja en una situación tan delicada.

Al mismo tiempo no quitaba el ojo de encima de las dos secuaces de la «jefa», que ya estaban dando síntomas de volver en sí.

Una voz femenina se dejó oír en la otra parte de la estancia:

—¡Asil...! ¿Qué sucede?

—¡Gasifica con los paralizantes la cámara de evasión!

Respondió con suma rapidez la «jefa» antes de que trataran de impedirselo.

El coronel no se inmutó por el peligro que ello representaba y con voz tranquila, indicó:

—Comandante, abre la trampa que voy a lanzarla.

Y uniendo la acción a las palabras, pilló desprevenida a Asil sujetándola por sus todavía lastimados brazos y empujándola hacia la abertura.

Los resultados no se hicieron esperar. Asil, la «jefa», con el terror reflejado en su rostro, gritó:

—¡¡No, no quiero morir...!!

—De ti depende. Primero ordena que se abstengan de gasificarnos y luego que nos proporcionen el antídoto suficiente para volver en sí a los narcotizados.

—Sí, sí. Haré lo que quieras.

—Pues rápido o de lo contrario ya no tendrás tiempo de hablar.

Precipitadamente Asil comunicó lo exigido por el coronel y momentos después, decían:

—Aquí tenemos el antídoto.

—Dejadlo junto a la puerta de acceso y alejaros de la misma —indicó Albert.

—Ya está —contestó la voz femenina.

—Comandante, sigue con tus funciones de portero. Abre y recógelo para cerrar después.

Albert seguía manteniendo sujeta a Asil al borde de la trampilla y frente a la puerta que se iba a abrir.

El comandante fue haciendo girar con precaución la puerta sin ver a nadie. Sólo un paquete en el suelo.

Dejó el espacio suficiente para inclinarse y recogerlo.

En ese preciso momento un par de secuaces de Asil se descolgaron del techo y cayeron sobre el comandante.

La puerta quedó abierta de par en par y ambas trataban de inmovilizar al hombre.

Asil se sintió izada en el aire como si se tratara de una pluma y la voz recia del coronel se dejó oír:

—¡Quietas o de lo contrario lanzo a vuestra «jefa»!

—¡Breda y Cela, obedeced...! —manifestó Asil contemplando horrorizada el abismo.

Las dos atacantes se levantaron dejando libre al comandante.

Este recogió el paquete y atrancó de nuevo la puerta.

Albert depositó en el suelo a Asil y le preguntó:

—¿Dosis a administrar?

—Yo lo haré.

—Si intentas otra jugarreta, ten presente que daré cumplimiento a mi amenaza y luego seguirán esas dos.

Las aludidas, ya conscientes, permanecían sentadas en el suelo sin atreverse a mover un solo dedo. Era evidente que el terror también las tenía dominadas.

Asil, bajo la constante vigilancia de Albert, fue administrando las dosis a cada uno de los yacentes en sus respectivas camillas.

El comandante tampoco perdía de vista a la Breda y Cela allí sentadas.

Fue casualidad o intencionadamente, el caso es que la última dosis se la administró a la auténtica azafata.

Asil había cambiado por completo. Los vestigios de malos instintos que reflejara su rostro habían desaparecido e incluso, en algunas ocasiones, sonrió a las sugerencias del coronel.

Interiormente éste se dijo:

—¡Malo...! Algo trama esta astuta mujer...

Cuando terminó, Asil manifestó:

—Ya está... Coronel, podrías cerrar la trampilla. ¿No te parece?

Albert pensó que aquello se había instituido como espada de Damocles que pendía sobre la cabeza de ella y mientras así fuera la tendría dominada y de rechazo a las otras dos.

Le contestó:

—Esperaré los resultados. El comandante está algo fatigado de tanto abrir y cerrar —concluyó jocoso.

—Los resultados no se harán esperar. Me pone nerviosa la trampilla abierta...

—Pues un poco de calma, Asil. Si todo resulta a mi entera satisfacción, te prometo cerrarla.

Tanto a Albert como al comandante, los segundos se les antojaron siglos.

Los durmientes no daban síntomas de salir de su letargo y la impaciencia iba minando sus voluntades.

Asil, por su parte, se había alejado lo más posible de la fatídica abertura y permanecía tranquila, por lo menos en apariencia.

Inesperadamente la «jefa» ordenó:

—¡Levantaos y sujetad al coronel y al comandante!

Como impulsados por un resorte, los cuatro muchachos de la escolta, el piloto y copiloto y la misma azafata, con la cooperación de la Breda y Cella allí presentes, se lanzaron contra el coronel y el comandante, los cuales, tras breve forcejeo quedaron inmovilizados.

Asil soltó una carcajada triunfante y se encaró con el coronel:

—¿Creías que te ibas a salir con la tuya...? ¡Pobre imbécil! Tan listo que te imaginas y tienes mucho que aprender todavía. ¡Ja, ja, ja...!

Cesó de súbito en sus carcajadas y componiendo una expresión feroz, cruzó de revés el rostro del coronel y de su nariz comenzó a brotar sangre.

Ella, con palabras llenas de odio, casi le escupió a la cara:

—Vas a pagar muy cara tu osadía por el miedo que me has hecho pasar. Aquí tienes sólo una pequeña muestra de nuestro poder, de nuestra inteligencia. ¡Míralos...! Todas sus mentes las tengo dominadas y lo misino haré contigo si no me obedeces por propia voluntad.

Luego se dirigió a Breda y Cella:

—¡Vosotras! Cerrar esa maldita trampilla.

A continuación de sus palabras golpearon en la puerta de acceso y la propia Asil fue a abrir.

Un hombre apareció en el hueco escoltado por varias muchachas rubias y morenas.

—¿Qué ha pasado, Asil?

—Nada, Telecio, que ese cretino de coronel se las quería dar de listo y se ha convertido de cazador en cazado.

Iba a propinarle otro revés, cuando Telecio se interpuso :

—¡Quieta...! Refrena tus impulsos. El coronel es más valioso de lo que imaginas. ¿Acaso lo has olvidado?

—Por un momento te confesaré que sí. ¿Sabes que ha estado a punto de lanzarme al vacío?

Telecio, sin inmutarse, le contestó:

—Pues no se hubiera perdido gran cosa.

Asil se puso roja de ira y dijo casi chillando :

—¡Claro! De este modo te quedaría campo libre para dedicarte a las demás. Pero no te librarás fácilmente de mi presencia.

—Lástima porque ya me estoy cansando de tus histerismos. ¿Por qué no has lanzado a todos éstos, como te dije?

—Pregúnteselo al coronel y al comandante. No estaban narcotizados y me han impedido cumplir tus órdenes.

—¿Sí...? ¿Y no será que te los has reservado para tus caprichos, como haces con todo el hombre nuevo que cae en tus manos?

—¡Imbécil! No hago más que corresponder a tu comportamiento. Que digan esas dos cómo nos han atacado.

—Y no habéis podido con ellos, ¿verdad...? Asil, te estás haciendo vieja y fea. Todo ello está mermando tus facultades.

—¡Canalla...!

Y se arrojó contra Telecio con ánimo de golpearle, pero éste, sin miramientos, le propinó un directo, que la dejó sin sentido.

Después, frotándose las manos, ordenó:

—Lleváosla y encerradla en su aposento. No deseo que me moleste.

Posteriormente se dirigió a los que mantenían sujeto a Albert, entre los cuales estaba la azafata, y les mandó:

—¡Eh, vosotros! Soltad al coronel.

Pero se encontró con la sorpresa de que no obedecieron su orden.

—Ahora vuelvo, coronel. Me olvidaba que reaccionan solamente ante la voz que oyen en principio estando bajo los efectos de control.

CAPITULO IX

La gran plataforma seguía navegando.

El coronel pudo apreciar que una cubierta transparente se fue extendiendo ante el gran ventanal por el que aún se veía el planeta Tierra.

Telecio, tal como dijera, volvió y a cada uno de los que sujetaban al coronel les inyectó una dosis determinada de un frasco que llevaba consigo.

Sólo inyectarles, segundos después caían al suelo otra vez dormidos.

—Ya has quedado libre, coronel. Vámonos.

Albert Stiller comprendió, desde el primer contacto con los que se hacían llamar «Los Libertadores del Espacio», pues no le cabía la menor duda que de ellos se trataba por reconocer en Telecio la voz de los mensajes, que su posición era ventajosa y podía exigir condiciones.

Así que se quedó donde estaba, manifestando con decisión :

—No me muevo de aquí si no me otorgas ciertas concesiones.

—¿Cómo...? ¿Te atreves a desobedecer mis órdenes?

—Ya lo puedes comprobar por ti mismo.

—Cuento con medios suficientes para anular tu voluntad.

—Muy bien, puedes hacer uso de ellos, aunque te anticipo que mi colaboración será nula.

—¿Por qué imaginas que precisamos tu colaboración?

—Tú mismo se lo has dado a entender a Asil y por otra parte tus inflexiones de voz son inconfundibles.

—¡Ah, muy inteligente, coronel...! ¿De modo que ya sabes con quiénes te encuentras?

—En efecto.

—¿Y qué concesiones deseas?

—¡La seguridad de vida de cuantos han sido capturados conmigo.

—Concedido. ¿Qué más?

—La inmediata vuelta a la normalidad de cada uno de ellos y por último que estén bajo mi directo mandato sin que nadie se inmiscuya en darles órdenes.

—A lo que has citado en primer lugar, accedo. Ahora, a lo segundo... ¿No crees que te extralimitas en tus peticiones?

—Ni mucho menos. Ellos son expertos especialistas en técnica espacial y preciso tenerles a mi lado para la construcción de las naves que deseas.

—También cuento con mi personal especializado. Y es más, te anticipo que las naves ya están bastante adelantadas de acuerdo con los planos que tú mismo nos has facilitado.

El golpe fue rudo para el coronel. Desde un principio sospechó que los duplicarían, pero no pensó que fueran tan activos.

Por otra parte, él sabía que podía contar como especialistas aeroespaciales al comandante y a los dos pilotos, pero ignoraba concretamente los conocimientos que pudiera poseer la azafata y los cuatro muchachos de la escolta.

Pero ahora no podía volverse atrás de cuanto había expuesto y sin exteriorizar el efecto que le produjo la noticia de Telecio, replicó:

—No dudo en la eficiencia de tu personal, pero convendrás conmigo que cada caso requiere su técnica y ofrece mayor seguridad en un trabajo quien está dado a ello desde un principio.

Telecio dudó unos momentos y al fin dijo:

—Estos argumentos me convencen más. De acuerdo, los tendrás a tus órdenes y únicamente dependerán de ti. Pero te advierto que a la menor traición, serán estalactizados. Sabes a lo que me refiero, ¿no?

—Sí, lo pude comprobar con las muchachas que me visitaron.

—Ellas no cumplieron con la misión encomendada y por si faltaba algo, mostraron síntomas de debilidad. La una contagió a la otra, nuestro control así lo denunció y automáticamente fueron condenadas. Por eso somos fuertes.

Al coronel Albert Stiller se le representó el momento de la

emisión de mensajes captados en la Base Solaes y la petulancia de un poseso de quien los mandaba.

Le convenía callar y no refutar sus teorías. Por lo menos tenía ganada una importante partida, la de asegurar la vida de cuantos habían caído prisioneros como él y sobre todo la de la azafata a quien la esquizofrénica de Asil dirigió varias miradas que no le gustaron un ápice.

* * *

Telecio cumplió las exigencias del coronel y luego de que fueron acomodados confortablemente en un amplio apartamento de la enorme plataforma, sólo entonces Albert accedió a irse con él.

Tras recorrer el pasillo que ya conocía, se introdujeron en un ascensor que les elevó a la parte superior de la plataforma.

Aquel lugar constituía un verdadero puesto de mando.

Desde allí se dominaba toda la envergadura de aquel enorme artefacto volador, recubierto por una funda traslúcida en toda su superficie.

—Torna asiento, coronel. ¿Qué...? ¿Esperabas que te liberara?

Casi le dio risa la palabra liberación, cuando la realidad era que si había escapado de un cautiverio, se hallaba inmerso en otro.

Le contestó:

—Francamente, sí.

—¿Por qué tenías esa seguridad?

—Desde el momento que me enjuiciaron, comprendí vuestros propósitos.

—Muy inteligente, coronel —rió Telecio de una forma desagradable.

Albert apretó los puños para dominarse y no arremeter contra su interlocutor, quien continuó con manifiesto cinismo :

—Lo que necesito, no me detengo en medios para conseguirlo. Tu colaboración me resulta valiosa y ahora ya no puedes volver con los tuyos por pesar sobre ti una condena. En medio de todo fuiste un incauto, coronel.

Ahora quien se rió, pero interiormente, fue Albert, pues su intención de entregar los planos fue premeditada, aunque posteriormente los resultados no fueran los previstos.

Le convenía que Telecio siguiera con su petulante locuacidad para descubrir ciertos puntos que no había logrado descifrar y expuso:

—Una circunstancia que no he logrado aclarar: ¿Cómo te apoderaste de los planos? Por mis dependencias no se acercó persona alguna.

—¡Claro que no! Tenía previsto que estarían sometidas a vigilancia y entonces hice uso del «brazo robot», un artificio de mi propia invención.

—¿En qué consiste?

—Mejor que mis palabras, comprobarás su eficacia en la filmación que voy a pasar. Únicamente te diré que dicho «brazo robot» va provisto de una diminuta cámara televisiva, el ojo, como le llamo, y un dispositivo que emite unos rayos que ciegan cualquier objetivo oculto.

Tras estas palabras, accionó el interruptor de una pantalla que había frente a ellos y apareció, a vista aérea, la Base Solaes.

De la plataforma comenzó a salir un brazo articulado de muchos metros de longitud, en cuyo extremo, un poco más grueso, se albergaba la cámara televisiva, el impulsor y un par de pinzas que poseían la movilidad de los dedos de una mano.

El «brazo robot» fue dirigido hacia una ventana de su alojamiento y Albert comprobó la facilidad asombrosa con que la abrió, para luego introducirse en su interior y apoderarse de lo que él dejó.

Después se retiró, cerró la ventana para volver a su lugar de origen, a la plataforma.

Al llegar á este punto, Telecio apagó la pantalla y volviéndose hacia Albert, inquirió con cara de satisfacción :

—¿Qué te parece?

El coronel catalogó en seguida a aquel individuo, de una inteligencia mal empleada, petulante, cínico y muy amigo del halago, por lo que le contestó:

—¡Asombroso...! Tu invento es una maravilla.

—Pues todavía verás otras cosas que te maravillarán más y todo ha salido de aquí —y se golpeó la frente repetidas veces.

—Desde luego, eres un genio.

—¡Y tanto que lo soy, coronel! Te aseguro que no te arrepentirás de estar a nuestro lado; sentirás la gran complacencia del poder, la riqueza, la gloria... Y para quienes se opongan, la destrucción, el exterminio...

A Albert le hizo el efecto de que en aquellos momentos estaba bajo la influencia de un ataque de locura por todo cuanto decía, por la forma de accionar y por su misma mirada.

Pero siguiendo en su plan de sonsacarle cuantos informes fueran posibles, preguntó:

—¿Y cómo urdiste la entrega de los planos?

Falsamente compuso una expresión de disculpa, al contestar:

—Debes perdonarme, coronel, pero tenía que asegurar tu «incondicional adhesión»... Fue cosa fácil; saqué varias copias de los mismos y los originales los remití a tu ex jefe Wilfford. Te advierto que estuve al corriente del juicio por medio de mis informadores y caso de que te hubieran condenado a la ejecución, igual te hubiese liberado.

—Gracias por tu magnanimidad —expresó socarrón el coronel.

—No hay de qué. Ya te he dicho que consigo lo que quiero e igualmente conseguiré el dominio del planeta Tierra y todos serán libres como los habitantes de mi pequeño planeta.

Albert se asombró del cinismo de aquel sujeto y se le antojó que la palabra libertad constituía un sacrilegio en sus labios. Pero siguió en su plan trazado:

—¿Por qué tu empeño en conseguir los planos de las UF-35?

—Por ser muy eficaces, por ser las únicas que nos han infringido daños. Tú lo sabes bien. Cuantas veces nos hemos encontrado con las naves UF-35, han desbaratado nuestros planes. No, no te guardo rencor por ello; tus subordinados cumplían órdenes que yo no he querido acatar.

—¿Y por qué no has intentado atraparlas como has hecho con las demás? —inquirió burlón Albert.

Telecio se puso serio, al replicarle :

—Coronel, no tolero ni el menor atisbo de ironía. Si lo hubiera logrado, ten la seguridad de que no hubiera necesitado de tus servicios. Las que atrapé no pertenecen a ese tipo.

Y luego, cambiando de tono y expresión, prosiguió:

—Con una numerosa flota de UF-35, me atrevo a liberar todo el Universo. Y lo haremos, coronel, no te quepa la menor duda. Mira, ya tenemos el planeta «Telus» a la vista.

Albert repasó los nombres de cuantos planetas conocía, pero aquél no lo tenía catalogado.

Telecio pareció adivinar los pensamientos del coronel, al manifestar con marcada suficiencia:

—Nadie conoce su existencia. Ahora lo ves claro, por haber dado la orden de que retiren el camuflaje. Es otro de mis inventos. Al menor indicio de la existencia de astronaves que pudieran avistarlo, una densa capa cubre todo el planeta, de forma que quien pasa por su exterior tiene la impresión de que se trata de una nebulosa de compactos gases, y no se atreve a penetrar.

—Muy ingenioso... Así estáis aislados de los demás.

—Exacto, y a cubierto de alguna persecución. Cierta vez, una nave UF-35 estuvo a punto de alcanzarnos, mas los pobres tripulantes se quedaron con un palmo de narices, al vernos desaparecer tras rodar la nebulosa, sin sospechar que estábamos dentro de ella.

—Sí, recuerdo el caso y, por cierto, fue muy comentado. Lo que te he dicho, Telecio, eres un genio.

—Paulatinamente te irás convenciendo de la verdad que encierran tus palabras.

Albert, para dorarle más la píldora, apostilló:

—Ya me voy convenciendo de ello.

En Telecio se notó una gran satisfacción, por lo dicho por el coronel. Tan simples palabras predispusieron a aquel hombre en favor de Albert.

Este, como buen psicólogo, sabía que era el único medio de adquirir cierta confianza, confianza que favorecería a sus planes.

Telecio desconectó el piloto automático, y se hizo cargo de los mandos de vuelo de la gran plataforma.

A medida que se acercaban al planeta Telus, Albert pudo comprobar la aridez del mismo, como nota predominante.

El aterrizaje se hizo vertical en una amplia explanada, rodeada de unas edificaciones de arquitectura muy particular.

Invariablemente todas eran circulares, de ancha base, de paredes irregulares, en forma de cono que terminaban en afilada punta.

CAPITULO X

El coronel pudo comprobar que Telecio no le había mentido; la construcción de la UF-35 se había iniciado.

En la factoría aeroespacial se encontró con caras conocidas; los componentes de tripulaciones apresadas, que pertenecieron a su Base.

Los muchachos se llevaron una indescriptible alegría y asombro a la vez, al ver a su coronel departir amigablemente con el jefe de todo aquello, Telecio.

Tenían asignados los trabajos más pesados y, fuera de ellos, el resto del personal era femenino.

Albert, dada la predisposición de Telecio, pensó explotar al máximo esta circunstancia en favor de los suyos, por lo que le expuso:

—Es una lástima que tengas a esos muchachos dedicados a trabajos rudimentarios. Todos ellos están especializados y, por lo tanto, los quiero tener bajo mi dirección.

—De acuerdo, así será. ¿Qué te parece cómo va el trabajo?

—Aparentemente, bien. Cuando haya profundizado en ello podré hablarte con más conocimiento de causa.

—Pues manos a la obra, que me urge disponer de las UF-35 cuanto antes. Lo dejo bajo tu responsabilidad y..., recuerda, a la menor traición, se os someterá a la estalactización.

Lo primero que hizo el coronel fue reunirse con el comandante, la azafata y todo el personal procedente de la Tierra, exponiéndoles:

—Telecio desea de nosotros la incondicional cooperación para la construcción de las UF-35. Yo le he prometido nuestro apoyo en todo, y espero de vosotros que secundéis mi promesa. A cambio de ello recibiremos, en su día, grandes compensaciones.

La verdad fue que Albert leyó en los rostros de los allí reunidos, salvo la azafata y el comandante, una gran decepción, e incluso atisbos de desprecio, por las palabras del coronel.

No obstante, remachó:

—Que cada cual cumpla con su cometido, tratando de acelerar los

trabajos iniciados.

Y acto seguido fue asignando a cada cual su misión, y dio por terminada la conferencia.

El coronel, astutamente, había convocado aquella reunión, seguro de que llegaría a conocimiento de Telecio.

No se equivocó en su apreciación. En uno de aquellos edificios cónicos, Telecio estaba atento a una pantalla, por la que pudo ver y oír cuanto se dijo.

A su lado, se encontraba Asil, la «jefa».

Cuando terminó la reunión vieron cómo cada cual se dirigía a sus puestos de trabajo. Telecio cerró la pantalla, y preguntó a Asil :

—¿Te convences de su sinceridad?

—No me fío. Te confesaré que me ha decepcionado el coronel. Lo consideraba más inteligente, y que no se doblegaría fácilmente a tus imposiciones.

—Pues te has equivocado. La inteligencia, unida a la ambición que he suscitado en él, le ha hecho actuar del modo que has visto.

—Creo que estás en un error. Esa sumisión no la encuentro acorde con su carácter. Y conozco un poco a los hombres.

—Lo único que conoces de ellos es al hombre como sexo opuesto. En lo demás eres una nulidad.

—Y tú, creyéndote un superdotado, también vas en pos de las mujeres.

—Mira, no toquemos otra vez ese tema, que terminaremos en un altercado.

—Sí, será mejor que lo dejemos. ¿Y piensas concederle al coronel todo lo que le has prometido, cuando la victoria la tengas en tus manos?

—Bueno..., de prometerlo a hacerlo, media un abismo. El, que dirija la construcción de las UF-35, y luego no le quedarán ganas de venirme con exigencias.

—Lo que no me explico es por qué has tenido que recurrir a él.

—Por la razón de que existen sistemas y mecanismos fuera de

nuestro alcance.

—Parece mentira que, en ese aspecto, falle tu inteligencia. Teniendo los planos en tu poder, me basto para construir cuantas quieras. Prueba de ello es las que tengo iniciadas.

—Pues bien, adelante. Tú sigues con una de las iniciadas, y el coronel que se ocupe de la otra.

—Conforme, bajo una condición.

—¿Cuál?

—Que si yo termino antes que él, como así será, me concedas plena libertad para hacer con el coronel y los suyos, sin olvidar a la azafata, lo que se me antoje.

—Concedido.

—¿Y la azafata, también? —inquirió, incrédula, Asil.

Telecio la miró y, cínicamente, contestó:

—También. Y ahora vete, déjame tranquilo.

La cuestión era que Asil se dio cuenta de la juventud y hermosura de la azafata, y el peligro de que, con sólo proponérselo, la desbancaría del favor de Telecio.

A su perspicacia de mujer, al fin, no le pasó por alto con qué avidez la estuvo mirando Telecio y, corno le conocía bien, la presencia de la joven representaba un peligro constante para ella.

En cuanto al coronel y al comandante, no les perdonaba que se hubieran enfrentado con ella, y la dejaran en ridículo ante sus subordinadas, por el miedo que le hizo pasar Albert, ridiculez que consideró más humillante, por las palabras de Telecio.

Interiormente se había prometido que Telecio también pagaría lo suyo, y se arrepentiría, con creces, de haberle dicho que estaba haciéndose vieja y fea.

Con estos pensamientos abandonó la estancia de aquel hombre, al que admiraba y odiaba a la vez.

* * *

Los primeros días de trabajo transcurrieron sin incidencias, y en

varias ocasiones el coronel hizo efectuar modificaciones, que no constaban en los planos.

Por su parte, Asil llevaba un ritmo acelerado, con el firme propósito de terminar antes que el coronel.

A Albert comenzaron a molestarle las asiduas visitas de Telecio, y las conversaciones y miradas que éste sostenía con la azafata, que ya sabía se llamaba Carol Lasey.

Esto tampoco pasó por alto a la celosa Asil, cuyo odio se iba acrecentando hacia la guapa muchacha.

El coronel se había enamorado de Carol, pero la joven no rehuía el galanteo de Telecio.

Su amor propio le impedía manifestar sus sentimientos, y aunque en un principio su comportamiento con Carol fue todo amabilidad, ahora mostraba un trato más bien protocolario.

Ella pudo darse cuenta de ello y, un día en que estaban solos se lo dijo:

—Albert, he observado un cambio en ti. Ya no me hablas con la deferencia de antes.

—¿Yo...? —inquirió, simulando sorpresa, para justificarse a continuación—: Será porque el trabajo me abruma.

Carol esbozó una sonrisa picaresca, y preguntó:

—¿No será Telecio la causa de todo ello?

Le pilló desprevenido la suspicacia de la joven hermosa y, al poco rato, le contestó:

—Eso me tiene sin cuidado, allá tú con tus particularidades. Lo que me interesa es que realices el trabajo asignado.

—¿Por qué tu desmesurado interés en servir a Telecio? Te advierto que reina gran descontento entre el personal a tus órdenes, y hacen todo lo que pueden para atrasar el trabajo.

—¿Sí, eh? Pues sois todos un hatajo de desagradecidos. Le he prometido a Telecio construir las UF-35, bajo la condición de teneros a mis órdenes y libraros de vejaciones.

—Bonita manera de encubrir tus ambiciones. Hasta el mismo comandante pondría en duda la sinceridad de tus palabras. ¿O acaso

crees que no nos hemos dado cuenta de tus frecuentes entrevistas con esa Asil?

—Estáis en un error. Son meras conversaciones profesionales.

—¿Hasta en su alojamiento...? —inquirió, irónica.

La verdad era que Asil se valía de cualquier pretexto para tener al coronel a su lado y, en más de una ocasión, éste tuvo que valerse de su astucia para rechazar las insinuaciones de ésta.

Por la última pregunta de Carol le despertó una sospecha; el que ella se sentía celosa. Por lo que trató de no afirmar ni desmentir:

—Bueno, hablamos de todo, principalmente del trabajo.

—Pues se ve que la aleccionas muy bien, ya que lo tiene muy adelantado, y las consultas se hacen más frecuentes.

—Puede que así sea. Hay que colaborar. ¿No te parece?

—¡Ah, sí! La colaboración es la base principal, y yo voy a seguir tu ejemplo. Telecio me ha invitado a su alojamiento para «tratar de trabajos», y pienso aceptar. Conque... a colaborar, coronel.

Y dando media vuelta, dejó a Albert plantado, el cual apretó los puños con rabia, y no pudo por menos que admirar, una vez más, las líneas perfectas de aquella hermosa y rebelde muchacha.

Iba a dirigirse a su alojamiento para descansar, pero Carol había logrado ponerle nervioso, y él sabía que la única forma de contrarrestar una preocupación era ocupar su mente con un trabajo.

Decidió irse a la factoría para reparar unas instalaciones primordiales en la UF-35.

Estaba ocupado en ello, cuando oyó pasos y voces. Atisbo por una de las escotillas, y vio que se trataba de Asil y Telecio.

La primera decía:

—Te convencerás de lo que te pronostiqué. Mis trabajos están más avanzados que los suyos.

—Claro, si interrumpes continuamente al coronel, es lógico que vayas delante. Tras ello adivino tu intención; quieres salir triunfadora.

—¿No irás, ahora, a negarte a entregármelos, incluyendo la azafata? Yo te aseguré que terminaría antes, y cumplo lo prometido.

Luego cumple lo que a ti te toca.

Albert no pudo escuchar más, pero sacó sus propias conclusiones, y no se equivocó sobre las intenciones de Asil.

Como suponía que irían a visitar, posteriormente, la astronave que estaba bajo su dirección, y esto les tendría ocupados cierto tiempo, se escurrió por una de las salidas auxiliares, y abandonó la factoría.

Conocía el alojamiento y puesto de mando, conjuntamente, de Telecio, y se propuso visitarlo.

Telecio, en su locuacidad, consecuente de las alabanzas dichas por Albert, le explicó la función de cada uno de los cuadros de mando.

En las puntiagudas edificaciones, que tanto llamaron su atención, estaba instalado un emisor de rayos que, en conjunto, formaban una tupida defensa, tanto para repeler cualquier ataque o impedir posibles fugas.

Otro era un complejo sistema de circuito cerrado, por el que sabía lo que hacían todos sus subyugados, sin respetar incluso sus intimidades.

El tercero se trataba del control de lo que él llamó estalactización, mediante el cual sentenciaba a sus «súbditos» para dejarlos como aquellas dos muchachas que le visitaron.

Existía un cuarto tablero de mandos, del que Telecio silenció sus funciones; de ahí que Albert lo consideró el más importante.

Dicho tablero tenía incorporada una pantalla y, en su parte lateral derecha varios pulsadores.

¡Presionó uno, al azar, y en pantalla apareció un lugar desconocido para él. Accionó el mando de recorrido, y fue desfilando todo lo que encerraba la gran nave.

Pudo ver unos grandes artefactos de forma cónica, parecidos a las cúspides de las edificaciones que allí imperaban.

Reconoció en seguida aquellas formas; se trataba del arma secreta empleada por Telecio cuando inutilizó las astronaves en la Base Solaes, como demostración de su poderío.

Pero había más. Un número indeterminado de Bredas y Celas, se dedicaban a la construcción de los mismos en cadena, y pudo apreciar

que, en su interior, mostraban un habitáculo capaz de albergar de dos a cuatro personas, con un sistema de amortiguación para las caídas.

Luego pudo ver otra parte de los mismos, seguramente destinada a los explosivos.

Presionó otro pulsador, y apareció un fabuloso generador para abastecer los emisores de rayos, colocados en los edificios.

Por último, el que activó en tercer lugar le presentó la panorámica de lo que podía denominarse un quirófano, en cuya mesa operatoria yacía el cuerpo de una muchacha rubia, en el cual estaban manipulando.

No perdió detalle del trabajo que estaban realizando, y se horrorizó al descubrir el malévolo secreto de las causas que originaron la muerte tan espectacular de las jóvenes que le visitaron a su alojamiento.

Posteriormente, de un paquete que llevaba consigo, adicionó y modificó ciertos elementos en los circuitos de los controles allí presentes y, una vez terminado, se dispuso a abandonar el lugar.

A poco de traspasar la puerta oyó unos pasos, y se ocultó tras unos cortinajes que pendían en la antesala.

Escuchó voces, y una risa cristalina, cautivadora.

Acuciado por la curiosidad oteó por una rendija, y pudo descubrir de quién se trataba.

Se quedó lívido de rabia. Telecio iba acompañado de Carol, y ésta se mostraba muy complacida por la compañía, viéndoles entrar en el aposento donde estuvo momentos antes.

Los dientes casi chirriaron por la presión a que los sometió, e interiormente, una exclamación quedó entrecortada :

—¡La muy...! Cumple su palabra...

Iba a salir de su escondite cuando una cabeza asomó a la entrada de la antesala.

Se trataba de Asil, y, en sus facciones, quedaban plasmados todos los sentimientos ruines que pudiera encerrar su corazón.

Menos mal que su presencia fue oportuna; de lo contrario, Albert se hubiera dado de bruces con ella.

Asil, dando media vuelta con rabia, se alejó del lugar con pasos furiosos, y más tarde, el coronel hizo lo mismo, bastante malhumorado.

CAPITULO XI

Albert pudo comprobar, como presumía, que el título adjudicado por Telecio de «Libertadores del Espacio», estaba muy lejos de la realidad.

En los tratos que tuvo con distintas Bredas y Celas, salvo rara excepción, odiaban a Telecio, y aún más, a la «jefa» Asil.

Ante la insinuación de que Asil también era controlada por Telecio, y, por lo tanto, corriendo el riesgo de perder su vida por el proceso de estalactización, le manifestaron que su indumentaria era ficticia, y que era igual o más ruin que Telecio.

Las ausencias de Carol se hicieron más frecuentes, y Albert le llamó la atención:

—Mal podrás desempeñar las funciones de secretaria que te asigné, cuando no te tengo a mi lado en los momentos que más falta me haces.

—Sólo hago seguir tus principios: el colaboracionismo.

—Pero esto se pasa de la raya. Hay que acelerar el trabajo.

—También me necesita Telecio. Al fin y al cabo, él es el jefe supremo. Te advierto que aprendo mucho a su lado.

—Pues fíate, hasta que te convierta en una Breda o Cella cualquiera.

—¿Celoso, coronel...? —inquirió, irónica.

Estaba bonita la condenada, y Albert, muy gustoso, la hubiera cogido en sus brazos, estrujándola y ahogándola a besos.

Pero, en vez de seguir sus impulsos, le contestó:

—He asumido la responsabilidad de velar por vosotros, en especial por ti, siendo la única mujer de nuestro planeta. Así que te ruego atiendas al trabajo asignado. Repito, urge terminar.

—No te entiendo, coronel. Sabía que pesaba sobre ti una sentencia, pero al verte imaginé que todo era una patraña. Ahora me convenzo de que, no solamente era verdad, si no que te alias con alguien que quiere apoderarse de la Tierra.

Albert la miró con fijeza, y preguntó:

—Supongo que todos esos informes te los ha facilitado Telecio, ¿no?

—Sí, y hay más. El me ha dicho que puedo hacer lo que se me antoje y que, si yo quiero, ocuparé un puesto preponderante.

—¿Ambiciosa?

—Lo mismo que tú, ex coronel. ¿Y quieres que te diga algo más?

—Una vez puestos a confidencias, adelante.

—Tus mismos hombres te aborrecen, aunque les hayas salvado la vida; y no conseguirás nada de ellos.

—No es una novedad, pero yo te demostraré lo equivocada que estás. Por mi parte, te relevo de todo trabajo.

Y dando media vuelta, Albert la dejó sin palabra.

Carol se dijo que había ido demasiado lejos, pero ante todo, tenía algo que cumplir, y no iba a echar a rodar la situación privilegiada que el favor de Telecio le concediera.

El coronel, por su parte, muy dolido con la muchacha, se fue en busca del comandante y, en un lugar de la astronave en construcción, donde no pudieran ser vistos ni oídos por Telecio :

—Comandante, precisamos localizar el lugar donde está asentada la fabricación del arma secreta y el quirófano. Lo demás ya está listo.

—Procuraré centrar mis esfuerzos en su descubrimiento.

—Otra cosa. ¿Qué sabes de Carol, la azafata?

—Nada, con anterioridad. En cuanto al presente, me da la impresión que su ambición es manifiesta, y a poco que se lo proponga, conseguirá lo que quiera de Telecio.

—Gracias por tu opinión. Comandante, es de vital importancia que aceleremos el ritmo del trabajo. De ello depende nuestra salvación.

—No sé... Los muchachos tienen mala impresión de ti, y no lo hacen con agrado.

—Pues hay que conseguirlo. Te autorizo a que les insinúes algo.

Nos aventuraremos a correr ese riesgo.

—Bien, como dispongas. Correremos el riesgo.

* * *

Las palabras del comandante fueron cautelosas y, al mismo tiempo, abrieron un hálito de esperanza hacia el retorno a sus respectivos hogares, concluyendo:

—El coronel vela por vuestro bienestar, y quien colabore en la terminación del trabajo que hemos emprendido, no dudéis que tendrá su recompensa.

Estas últimas palabras llegaron a oídos de Telecio que, aunque concedía ciertas prerrogativas, por natural era desconfiado.

Esbozó una desagradable sonrisa, y dijo para sí, en voz alta:

—Vosotros acabad, y menuda recompensa os espera... No tolero desobediencias, ni a mí ni a quien me representa, en este caso, el coronel.

Albert, por su parte, se ocupó personalmente de la instalación de ciertos dispositivos. Quería tener la seguridad de su perfecto funcionamiento.

Estaba en este menester cuando el comandante le avisó:

—¡Coronel, la «jefa» viene hacia aquí.

—Gracias.

Acto seguido dejó lo que estaba haciendo, y simuló estar ocupado en otro menester.

Asil, como dueña y señora, deambuló por la astronave en construcción hasta dar con Albert.

—¡Hola, coronel...! Observo que vas bastante atrasado. Yo casi estoy terminando.

—No falta tanto como crees. Si es preciso, esta noche se trabajará.

—Aun y así, no me alcanzarás, y entonces...

Dejó sin terminar la frase, y su rostro resplandecía de satisfacción.

—Entonces, ¿qué?

—Nada, ya lo sabrás —y cambiando de conversación, inquirió—: ¿Y tu eficiente secretaria? No la he visto por ninguna parte.

—¡Ah, pues no sé! Habrá ido a efectuar alguna comprobación —contestó, evasivo, Albert.

—Ahora que dices eso, quisiera que vinieras a comprobar el montaje del sistema de disparo.

—No puedo en estos momentos, pero te prometo revisarlos.

—Tiene que ser ahora.

—Lo siento, pero no puedo ir.

—Me quejaré a Telecio.

—Puedes hacer lo que quieras.

Asil cambió de tono al manifestar, mimosa:

—Coronel, no sé por qué nos enfadamos. Tenemos que ser buenos amigos. Anda, ven ahora, y te prometo que luego pasaremos un rato agradable.

—Perdona, he dicho que no puedo ir, y así es, en la realidad.

—Sabré esperar. De todos modos tendrás que doblegarte a mi voluntad, y entonces me suplicarás tú a mí.

—No será fácil que esto ocurra —le vaticinó Albert.

—Lo veremos —le contestó Asil, retadora y segura de sí misma.

Tras sus palabras, la « jefa » abandonó la astronave. En realidad, su visita fue para comprobar cómo andaban los trabajos y, al darse cuenta de que no la alcanzarían, decidió ir a hablar con Telecio, saboreando ya el triunfo de antemano.

Pero se detuvo antes de penetrar en el aposento, y sus facciones se endurecieron ostensiblemente.

Una risa cristalina fue el motivo de la desaparición de su desbordante optimismo, y quiso saber de quién se trataba.

Silenciosa, entreabrió la puerta y, a través de la rendija que dejó de espaldas, vio a una mujer que en seguida reconoció, por su excepcional tipo.

Telecio pretendía cogerla, y ella, entre risas, se le escurría de las

manos. Éste le decía, casi suplicante:

—Carol, te prometo que no solamente serás dueña de mi corazón, sino reina de todos los planetas, si me das tu amor.

—Pero, Telecio. ¿Tu corazón no está ocupado por Asil?

—¿Esa...? ¡No me hagas reír! Es falsa como ella sola, sólo actúa guiada por su ambición, y no dudaría de clavarme un puñal por la espalda. La detesto con todas mis fuerzas.

—Eres muy voluble, Telecio. ¿Acaso no es tu mano derecha?

—Si tú quieres, por muy poco tiempo. Eres diferente a ella; posees inteligencia, bondad y una belleza incomparable.

—¡Uf...! Me abrumas con tus alabanzas, y vas a conseguir ponerme colorada.

—No tienes por qué. Es verdad cuanto digo.

Asil no quiso oír más. Estuvo a punto de interrumpir el coloquio, abofetear a Telecio, y surcar el bonito rostro de Carol con profundos arañazos.

Se fue de allí retorciéndose las manos, y sus ojos reflejaron destellos de ira, odio, venganza... Con los dientes apretados, se dijo:

—¡Me las pagarás todas juntas, bicho asqueroso...!

* * *

Aquella noche, en la factoría imperaba gran actividad. El comandante había hablado a los muchachos, y les convenció para que finalizaran cuanto antes el trabajo.

El coronel, por su parte, había comentado con Telecio de la conveniencia de revisar la plataforma y rectificar sus defensas para lograr una invulnerabilidad más efectiva, concediéndole la autorización para estudiar el caso.

Pero la realidad era otra. Albert sabía que en el puesto de mando de la plataforma existía un duplicado de controles, y allí se dirigió, manipulando en ellos.

Como disponía de tiempo, y obsesionado por descubrir el arsenal, el generador de rayos y el quirófano, ya que tanto él como el comandante nada habían logrado, accionó los pulsadores de control

que visaba dichos lugares.

En la pantalla, nada de particular que le diera una luz sobre la localización de los mismos.

Estaba desesperado; tenía que dar con ellos para la buena culminación de sus planes.

Reparó que en el control de circuito cerrado existía un pulsador más de los que figuraban en el alojamiento de Telecio. El coronel poseía una retentiva prodigiosa, y por eso le llamó la atención.

Accionó el pulsador, y en la pantalla aparecieron las dependencias de Telecio y... en una de ellas estaba Caro!, departiendo amigablemente ante una opípara cena.

Eran servidos por una Breda y una Cella. Al paso de Breda por un pasillo, y portadora de una bandeja con sendas copas, una puerta se abrió, y apareció Asil.

Le habló en voz baja a Breda, y la misma Asil vertió algo en una de las copas. Hecho lo cual la camarera prosiguió su camino.

Albert se sobresaltó por el peligro que pudiera correr Carol, pero la realidad era que nada podía hacer para impedir que ingiriera el brebaje.

Con ansiedad siguió los pasos de la camarera, para ver a quién iba destinada la copa.

Cuando vio que era colocada ante Telecio, se le escapó un suspiro de alivio.

Al marcharse la camarera, Telecio, emocionado, y alargando los brazos hacia Carol, a tiempo que se levantaba, dijo:

—Y ahora, querida, antes de brindar por nuestro amor, sellemos el pacto con un beso.

Albert se dijo que aquella ladina criatura había ido muy lejos, y una gran desilusión se posesionó de él.

Carol se levantó, quedando frente a Telecio, de espaldas a la mesa.

El la atrajo de forma arrebatadora, e incrustó brutalmente sus labios en los de la joven.

Carol se dejó besar, y la indignación coloreó el rostro del coronel.

Pero..., un hecho le llenó de intriga e hizo que siguiera contemplando la escena que le repugnaba.

Telecio se entusiasmaba por momentos, y Carol, con las manos a la espalda de éste, manipuló en una sortija con un sello grande que llevaba en un dedo.

El sello grande se abrió, y un polvo blanco fue a verterse en la copa de Telecio. Acto seguido la tapa del sello volvió a su lugar.

A partir de este momento, la muchacha trató de refrenar los impulsos de su desbordante enamorado, consiguiendo, al fin, separarse de él, diciendo:

—Ahora, ya podemos efectuar el brindis.

Telecio, muy a pesar suyo, se resignó y, alzando la copa, manifestó:

—Por la futura reina de todos los mundos.

—Por el genio conquistador de esos mundos —correspondió Carol, con maliciosa sonrisa.

Ambos bebieron y se sentaron.

Los efectos fueron contundentes. Telecio compuso una cara de idiotizado y, acto seguido, se desplomó en el asiento que ocupaba.

Carol quiso cerciorarse de la eficacia de lo que había vertido en la copa, levantando sucesivamente los párpados de Telecio.

Convencida de su inconsciencia, se dirigió al transmisor de radio, manipulando en las frecuencias y emitiendo:

—Carol a Sagitario, Carol a Sagitario...

—Sagitario a la escucha. Adelante.

—Traidor pacto con «Libertador Espacio». Situación: Punto, dos ceta, paréntesis, eme, guión, ese. Aspecto encubrimiento nebulosa.

Albert quedó petrificado. La clave «Sagitario» correspondía al vejete Sam. Luego Carol era un agente más de la organización a la que pertenecían el comandante y él.

Una sonrisa distendió sus labios, y toda la animadversión que sentía por Carol, se esfumó. Pero su sonrisa duró muy poco.

Asil había hecho acto de presencia. Estaba a espaldas de Carol, quien seguía transmitiendo datos.

Al final, «Sagitario» contestó:

—Captado.

Carol, con cara de satisfacción, cortó la comunicación y, al volverse, se encontró con el rostro feroz de Asil, quien manifestó, sarcástica:

—¡Vaya con «la reina de los mundos!...! Conque ésas tenemos, ¿eh? A ese imbécil de Telecio le has podido engañar, pero a mí, no, mojugata traidora. Te voy a dejar el rostro hecho una lástima.

Y se lanzó contra Carol, con el propósito de arañarla. Esta la recibió con un contundente golpe, que frenó sus impulsos, pero arremetió de nuevo contra ella. Ambas rodaron por el suelo. Carol se defendía bien, y Asil, ante la imposibilidad de dominarla, gritó:

—¡Breda! ¡Cela! ¡A mí!

Aparecieron las mencionadas y, a poco, Carol fue inmovilizada.

Sujeta como estaba, Asil, de revés, cruzó el rostro de Carol, que quedó inconsciente, y manando un hilo de sangre de su labio inferior.

—¡Lleváosla y que la estalacticen! —ordenó Asil.

Cuando quedó sola, se dirigió a Telecio, le cogió por los cabellos y, con marcada ira, le escupió en el rostro:

—Ahora sabrás lo que es despreciar a Asil, «gran genio»...

Y brutalmente, le soltó con fuerza contra la barra del respaldo.

CAPITULO XII

El coronel Albert abandonó a toda prisa la plataforma, y fue en pos de la Breda y la Ceta que llevaban inconsciente a Carol. Tenía que evitar, a toda costa, que la sometieran a aquel diabólico procedimiento.

En su precipitación, casi se dio de narices con ellas en un cruce de pasillos. Simuló no darse cuenta de su presencia y, cuando hubieron pasado volvió sobre sus pasos, viendo cómo se introducían en una puerta simulada, al lado mismo de la que daba acceso a la factoría.

La puerta se cerró, pero a su agudeza no pasó por alto un resorte secreto que se tenía que presionar, y se introdujo en un amplio pasillo, donde existían dos grandes puertas y una más pequeña al fondo.

Le favoreció la circunstancia de que aquel lugar estaba poco iluminado; de lo contrario, le hubiera descubierto una de las muchachas que llevaban a Carol, cuando se volvió para mantener la puerta pequeña abierta y permitirles el paso.

Al cruzar las puertas grandes, a través de una se oían voces, y de la que caía a su derecha, un zumbido amortiguado.

Prescindió, de momento, de averiguar lo que ocultaban, y atravesó la puerta pequeña, desembocando en una rotonda, poblada de puertas esmeriladas, rotuladas con un número.

Desde una de ellas, concretamente la número cuatro, se oían voces. Escuchó, y pudo enterarse de lo siguiente:

—Doctor, órdenes de la jefa para que someta a estalactización a esta chica, y que lo haga inmediatamente.

—Eso es imposible, tengo a cuatro en danza. ¿Qué se ha creído Asil? No somos máquinas, y todo ello ha de seguir un regular proceso.

—Nos ha dicho que ha de ser enseguida.

—Esa mujer no sabe de qué va. Protestaré ante Telecio de su ineptitud —manifestó el doctor.

Unos pasos precipitados hicieron abandonar el puesto de escucha a Albert, y vio cómo aparecía Asil.

De un empujón, abrió la puerta y, antes de que se cerrara, pudo

oír:

—¿Quién es el inepto, imbécil? Cumple mis órdenes, si no quieres que te someta, con mis propias manos, a lo que tú has hecho tantas veces.

La voz del doctor, con marcado acento de terror, manifestó :

—¡No! Tú eres incapaz de hacer eso, no sabes. Se lo diré a Telecio.

Unas carcajadas antipáticas, y a continuación:

—¿Sabes lo que ha sido de Telecio? Esa que tienes ahí se ha encargado de hacerle pagar su necesidad. Ha muerto desnucado Y ahora, la única que manda aquí soy yo. ¿Te enteras, inútil carcamal?

Se produjo un silencio, producto del impacto de sus frases, y Asil tomó de nuevo la palabra:

—Esa que ves, no solamente ha matado al gran genio de Telecio, sino que ha transmitido un mensaje y, de no haberme enterado de ciertas cosas, caeríais en manos de los terrícolas, y presiento que no lo pasaríais muy bien.

—De acuerdo, como digas. Que la lleven a la cantina número diez, y comenzaré el proceso —contestó el doctor mansamente.

—Eso está mejor. ¡Lléváosla!

Albert corrió, con todas sus fuerzas, para hallar la mencionada cabina, y se introdujo en ella.

Cuando llegaron Breda y Cela, conduciendo a Carol, ambas se vieron asaltadas por un hombre que, de sendos y certeros golpes, las dejó inconscientes.

El coronel, con una actividad febril, procedió a desnudar a Cela, que era la que más se parecía a Carol, y luego, quiso hacerlo con ésta misma, para cambiar su indumentaria.

Estaba desabrochando su vestimenta, cuando Carol volvió en sí y, al darse cuenta de lo que pretendía, le espetó, tratando de cubrir su iniciada desnudez:

—No solamente eres un despreciable traidor, si no un indecente aprovechado.

—Carol, te suplico...

—¡No me toques!

Ella se hizo hacia atrás, tapándose, mientras el coronel se le acercaba más y más.

—Es preciso que cambies tu indumentaria con la de esta chica. Corres un grave peligro.

—¿De quién...? —preguntó, irónica—. ¿No será más bien de ti?

—Carol, te lo ruego. No estamos para perder tiempo.

—Tú eres el que no está perdiendo el tiempo. ¡Me voy!

—¡Quita, insensata! —casi le gritó el coronel.

Mas no le hizo caso; quiso salir, y Albert la atrapó con fuerza. Carol se debatió para librarse de la férrea presa, pero cuando el coronel apoyó las yemas de los dedos índice, anular y corazón a la altura de la víscera cardíaca, su resistencia cedió.

Sus facciones fueron cambiando paulatinamente. Su expresión de belleza enfadada se fue convirtiendo en serena admiración, y por fin pudo balbucear:

—El «vejete Sam», como de costumbre, nos ha hecho una de las tuyas.

—Exacto, Carol. Es muy peculiar en él.

Un gran gozo invadió a la muchacha, al saber que Albert era un miembro más de la Organización de Sam y, sin poder retener por más tiempo su oculto amor hacia el coronel, rodeó su cuello y besó sus labios.

Albert correspondió a la caricia, para luego apremiarla :

—Carol, cambia tu vestido por el de Cela. Tenemos el tiempo limitado.

El se volvió de espaldas, y la joven procedió a efectuar el cambio, diciendo, cuando hubo terminado:

—Ya está. ¿Qué hacemos con esa otra chica?

—La pondremos en la cabina ocho. Tardará en volver en sí.

La trasladaron a la número ocho que, por suerte, estaba desocupada y, tras comprobar que el pasillo seguía despejado, fueron

hacia la salida, no sin antes averiguar lo que había tras las puertas grandes.

De donde se oían las voces, se trataba del arsenal en que se fabricaban los artefactos de las descomunales estalactitas, con habitáculo a la vez.

De la que procedía el zumbido amortiguado, se albergaba el enorme generador que alimentaba los emisores de rayos, instalados en las cúspides de los edificios.

No mediaron explicaciones entre ambos; sólo dijo Albert:

—Es lo que me faltaba por saber. Vámonos a la cosmonave.

* * *

Asil, como suponía que su presencia hubiera enfurecido a Telecio, por interrumpir su nuevo idilio, esperó a que surtiera efecto el narcótico que vertió en la copa de éste.

Por tal circunstancia, no pudo oír el mensaje lanzado por Carol, oyendo sólo el «Captado» final. De ahí su urgencia de someter a control a la joven para averiguar lo que dijo.

Sospechó que Carol hizo algo más, y revisó los controles. Todos funcionaban, y en el de circuito cerrado pudo ver al coronel, de espaldas, acompañado de una Cela.

Aunque le molestó, no le concedió gran importancia, puesto que el coronel sería de ella, y más ahora que asumiría el poder.

Al pasar frente a un control, la tapa del mismo se desprendió. Este simple hecho le indujo a revisar los circuitos altamente conocidos por ella, y el descubrir la adición de un elemento sometido a control remoto, le hizo revisar todos los demás, comprobando que existía la misma anomalía en todos.

—Ha sido muy lista la tal Carol, pero yo soy más. Juro que las va a pasar muy mal, o yo no me llamo Asil.

Recompuso los circuitos de los distintos controles y, cuando hubo terminado, lanzó la siguiente proclama:

—Habitantes de Telus: Nuestro jefe, el gran genio Telecio, ha dejado de existir, sucumbiendo bajo la mano criminal de una mujer traidora a nuestro pueblo.

»Por derecho propio asumo la jefatura de nuestro pueblo, y os prometo que la causante de este desafuero será castigada como se merece, y ella misma se arrepentirá de haber nacido.

»Nuestro poder es inmenso, y todo cuanto ambicionaba Telecio lo llevaremos a una realidad, por su memoria y el bien nuestro.

Concluyó con hipócritas lágrimas, dedicadas a quien ella misma asesinó.

* * *

Los trabajos en la astronave habían concluido, aunque el coronel dio la orden de que se silenciara este hecho.

El comandante se congratuló de que Carol fuera de los suyos, y los tres rieron la astucia del vejete Sam.

Ahora les esperaba la prueba final.

Carol, al oír la proclama de Asil, protestó ante el coronel :

—El narcótico que le puse no era para matar a una persona.

—Lo sé, Carol.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve contemplando todo el proceso, y sé que fue Asil quien le desnucó.

—Pero si no estabas allí...

—Aunque no estaba, lo vi casi todo a través de una pantalla.

Albert, deliberadamente, silenció que Asil ya había vertido algo en la copa de Telecio, para no suscitar algún problema de conciencia a Carol.

La visita del nuevo jefe del planeta Telus le fue anunciada al coronel.

Lo primero que hicieron fue ocultar a Carol, y luego, simular estar ocupados en los trabajos que va tenían concluidos.

Lo primero que le preguntó Asil fue, con cierta ironía:

—¿Y tu secretaria?

—No sé qué ha sido de ella. Y me tiene preocupado...

—Pues tu secretaria ha resultado ser una traidora, y no sólo pagará su pena de asesinato, sino que será sometida a la estalactización.

—Protesto ante tu determinación. Lo establecido con Telecio...

—La imbecilidad de éste le ha conducido a la muerte. No pienso incurrir en el mismo error —le interrumpió airadamente.

—Pero lo establecido...

—Me tiene sin cuidado. Me limito a hechos. ¿Has concluido la astronave?

—¡No —contestó secamente el coronel.

—Lo imaginaba... —comentó, con sorna, Asil—. Lo que has pretendido es dilatar la construcción de la misma. Y hablando de pactos, yo establecí con Telecio uno por el que la terminaría antes, a cambio de ciertas concesiones.

Ante el silencio del coronel, prosiguió:

—En realidad, ya no necesito su conformidad; soy la que manda. Así que, coronel, estarás a mi servicio, en todo y para todo. Lo de tu secretaria, que fue otra de las cláusulas, ya la tengo en mi poder.

—Si imaginas que puedes disponer a tu antojo estás en un error. Quien no respeta lo establecido con su antecesor, no es digno de ser respetado.

—¿Te crees un superdotado como el imbécil de Telecio?

—Estoy muy lejos de tal creencia.

—Pues yo te demostraré que soy una mente superior a las vuestras.

Nada más terminar sus palabras, la alarma sonó, y ella tan sólo dijo:

—Ya están aquí, y se llevarán una sorpresa. Los esperaba.

Y precipitadamente abandonó la nave del coronel.

Albert y el comandante se miraron y, por mediación de la pantalla de su aeronave, vieron cómo un escuadrón de UF-35 irrumpía

en el firmamento del planeta Telus.

Acto seguido, unos haces luminosos comenzaron a emitirse de las cúspides de los edificios, formando un entrelazado compacto.

—¡Cada uno a sus puestos! —ordenó el coronel.

En un lugar secreto del puesto de mando de la astronave, manipuló en un control remoto, sin resultado positivo.

Una de las UF-35, en pleno vuelo, fue alcanzada por aquellos rayos, y fulminada.

Albert, ante la ineficacia de su control, gritó al comandante: -

—¡Vete a la plataforma y elévate!

—A la orden, coronel.

Y es que, en aquellos momentos, se acordó de las palabras de Asil, y sospechó que algo había sucedido con los controles del puesto de mando de Telecio.

Nada más elevarse la plataforma a cierta altura, el coronel cambió de frecuencia su control remoto, y los rayos se fueron extinguiendo paulatinamente.

Asil, desesperada, dio más potencial a los emisores de rayos, sin que éstos respondieran.

Entonces vio la plataforma elevarse y, como sabía de la duplicidad de controles, exclamó:

—¡Maldición! He de destruirla. Eso ya no es cosa de esa aborrecible chica. Sospecho que todo es obra del coronel. ¡Son todos unos traidores...!

A punto de acometerle un ataque de histerismo, ordenó:

—¡Bredas y Celas! ¡Haced uso de las defensas convencionales...!

El espacio se pobló de fatídicas explosiones, que las UF-35 sorteaban con facilidad o las hacían estallar, antes de llegar a su destino.

—¡Centrad el fuego contra la plataforma!

Ella ignoraba que la coraza de protección era más que suficiente para que los proyectiles rebotaran, sin causar daño.

El coronel transmitió un mensaje:

—¡Atención, escuadrón UF-35! Habla el coronel Stiller. No ataquen plataforma. Elemento de control. No ataquen plataforma...

—Bien, coronel. ¿Cómo sigue mi sobrina?

Albert se quedó extrañado. La voz pertenecía al propio Sam Harwey, y el coronel preguntó:

—¿Eres Sam?

—El mismo, muchacho.

—¿A qué sobrina te refieres?

Carol, que estaba a la escucha, cogió el micro, y dijo:

—Estoy bien, tío. En la plataforma va el comandante de escolta.

—Buen trabajo a todos. Hasta ahora.

En estos momentos, apareció Asil, con su corte femenina, componentes de la tripulación de la UF-35 que ella había construido y, precipitadamente, subieron a bordo de la misma.

¡Los potentes motores se pusieron en acción, saliendo de la factoría y, en vuelo vertical, tomó altura, dirigiéndose directamente a la plataforma.

El coronel le comunicó:

—Son inútiles tus intenciones, Asil. En la construcción has cometido varios errores, preparados por mí, y la máquina no responderá.

—¡Falso! Cuando baje, ajustaré cuentas contigo.

—No es necesario que bajes, estoy detrás de ti.

En efecto, nada más hubo despegado Asil, lo hizo el coronel, con Carol y los demás componentes de la tripulación.

Asil bramó, más bien que dijo:

—¡Traidor...!

Quiso efectuar un viraje en seco para hacerle frente, pero la astronave no respondió y, perdiendo el control, fue a estrellarse precisamente donde estaba instalado el arsenal.

Varias explosiones se sucedieron, y gran parte de aquellas edificaciones se derrumbaron.

Así terminó la perversa existencia de una mujer.

* * *

El coronel Stiller, acompañado de Carol, se fueron adonde estaban los quirófanos, derruidos en parte.

Albert se había fijado en donde estaba instalado el despacho del que estaba a cargo de todo ello, o sea el cirujano que sometía a sus víctimas al proceso de estalactización.

Durante el camino, el coronel le dijo a la muchacha:

—Querida, tenemos que conseguir el secreto del procedimiento al que te querían someter, y destruirlo para siempre.

—De poco nos valdrá esto, si existen personas enteradas de ello.

—Tengo la corazonada de que el único que lo sabe es el propio cirujano.

Eliminando cuantos obstáculos se opusieron a su paso llegaron al despacho, que, milagrosamente, permanecía intacto.

Quedaron sorprendidos al hallar allí al doctor, y varias Celas y Bredas, destruyendo archivos y computadoras.

Al verles, el cirujano ordenó:

—¡Bredas y Celas, a ellos!

Media docena de las mencionadas se lanzaron contra los dos, y Albert le recomendó a Carol:

—No te andes en contemplaciones, querida.

Al primer ataque, el coronel ya dejó fuera de combate a dos de ellas: Carol consiguió eliminar a una, pero las otras dos la tenían acorralada.

Albert se las estaba viendo con la tercera, que era un verdadero diablo, atacando y defendiéndose a la desesperada.

Pudo apercibirse de los apuros por los que estaba pasando Carol, y el peligro que corría, de perecer estrangulada por una Cela, mientras

la otra Breda la sujetaba.

Logró atrapar a su contrincante y, elevándola en el aire, la lanzó contra las dos que tenían sujeta a Carol.

El choque fue tremendo, y las cuatro rodaron por el suelo.

Albert corrió por Carol, y se disponía a atacar a las medio inconscientes secuaces del cirujano, cuando éste dijo :

—¡Quieto! Si haces un solo movimiento, perecemos todos.

Pasado el primer momento de sorpresa, Albert le replicó :

—Sería un sacrificio tonto, doctor. No deseo tu muerte; lo único es que me digas el procedimiento para librar a esas pobres infelices de Bredas y Celas de la amenaza que pesa sobre ellas.

—Eso jamás lo conseguirá de mí. Es el poder que me proporciona mi ingenio; las tendré controladas, o las destruiré a mi antojo.

Las seis muchachas ya habían vuelto en sí, y al oír las palabras del cirujano, se miraron entre ellas, con muestras de terror.

Esto no pasó por alto a Albert, quien preguntó:

—¿De qué te va a servir sacrificar a jóvenes llenas de vida?

—Siento un gran placer en ello al comprobar mi poder. Mira, si aprieto esta palanca, ellas, todas ellas, quedarán estalactizadas y este recinto se convertirá en nuestra tumba.

Albert y Carol vieron que, a espaldas del doctor, se abría lentamente una puerta, y el rostro de una Breda iba asomando.

—Es una lástima —insistió Albert—. Estas muchachas tienen derecho a esperar algo más de la vida, a disfrutar de cuanto bonito hay en ella.

—Ellas son mías, me pertenecen, y antes morirán que dejarán de obedecerme.

La Breda que había aparecido, llevaba un puñal en la mano. Lo lanzó, y se hundió hasta el mango en la espalda del cirujano, quien compuso una mueca de estupor y se derrumbó con la mano crispada hacia la palanca que no logró accionar.

Las Celas y Bredas allí presentes, depusieron su actitud, agradeciendo al coronel el haberles salvado la vida, y ellas mismas

colaboraron en hallar los documentos que interesaban a Albert.

* * *

El «vejete Sam» les esperaba, impaciente, a bordo de su nave.

Con una sonrisa llena de satisfacción, les recibió: —Y bien, sobrinos. ¿Cuándo es la boda? Albert y Carol se miraron, extrañados por la pregunta, a lo que aclaró Sam Harwey:

—¿Cuándo os convenceréis de que a mí no se me escapa nada?

Y los tres prorrumpieron en carcajadas.

Después, vinieron las aclaraciones. Sam dijo:

—El que actuó de fiscal en tu juicio, a estas horas, estará detenido por pertenecer a «Los Libertadores del Espacio», e influí, perniciosamente en el petulante Wilfford, tu jefe de Alto Mando. Tu rehabilitación es total y con todos los honores; hasta he oído algo de un ascenso...

Por su parte, Albert le informó de todo, e hizo entrega de los documentos que tenía en su poder. Sam requirió :

—Mira, como supongo estarás enterado, explícame ese macabro proceso de estalactización.

—Está basado en la implantación, en el riego sanguíneo de la víctima, de una cápsula de alta concentración caliza. El collar y la hebilla del cinturón actúan de electrodos, haciendo estallar la cápsula, cuyo contenido se desparrama por el cuerpo y, al llegar a la superficie de la piel, por e vaporización, se solidifica, proliferando el proceso hasta quedar convertida la víctima en una masa pétreo.

»Si por cualquier circunstancia fallara esto, el collar, por un sistema retráctil, se va cerrando, a modo de nudo corredizo.

«Entre los componentes que lleva la alta concentración caliza hay un contundente explosivo, por lo que aquel cuerpo informe se convierte en potente bomba, controlada a distancia.

—Bien, tu amigo, el comandante médico Ralph Dunn, ya tendrá trabajo para liberar a esas pobres infelices. Por cierto, te está esperando en una de las UF-35, la que está próxima a ésta, junto con tu ayudante.

En efecto, tuvieron gran alegría al ver a su coronel libre de toda culpa, y ambos ponderaron la belleza de Carol.

* * *

Albert y Carol, al quedar solos, se fundieron en un abrazo y, luego de besarla, el primero le dijo:

—Pero yo no puedo ofrecerte el título de reina de los mundos.

—Mis ambiciones son más humildes; aspiro sólo a tu corazón, aunque... sólo sea por colaborar, como dijiste en una ocasión.

—Toda colaboración tiene un límite, y tú te excediste con Telecio.

—Sólo hice seguir tus órdenes, amor mío —concluyó Carol, con un guiño.

—Pues mi orden es que nos casemos en seguida.

—Será cumplida, coronel.

No se dieron cuenta de que el comandante médico estaba en una litera, y lo despertaron en su coloquio. Se incorporó, y protestó:

—¡Càspita...! ¿Es que tampoco se puede dormir, en estas latitudes? ¡Casaros de una vez y... contad conmigo como padrino...! Siempre y cuando la ceremonia no sea a altas horas de la noche.

Pasado el primer momento de la sorpresa, la pareja prorrumpió en risas, secundada, excepcionalmente, por el comandante médico.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.